

LA VANIDAD DE LAS MOSCAS



YURITZA MEDELLÍN

JÓVENES ◊ PASIÓN Y LIBERTAD | LITERATURA | NOVELA

La vanidad de las moscas





Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luján
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

LA VANIDAD DE LAS MOSCAS

Yuritza Medellín

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | NOVELA

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



La vanidad de las moscas

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Yuritzza Areli Medellín Sánchez, por el prólogo y por el texto

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1

ISBN (GEM): 978-607-5910-04-8

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-814-8

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/10/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Juan Carlos Cué Vidal
Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández y Jimena Ramírez Olivares

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

Dios los cría,
y el diablo los junta.

La vanidad de las moscas está vinculada, en gran medida, al apasionado y difícil mundo de experiencias que como lectora de periódicos he tenido. Es una furtiva explosión de instintos, retos e incertidumbres.

Leer notas de periódicos produce sufrir, desde luego, además del sabor amargo de la impotencia. Encierra un sinfín de realidades, cada una de ellas diferente y sin conclusión; pero he recibido a cambio un interés sincero por las experiencias ajenas, por la trama íntima de las vivencias de las personas —que aspira, además, a no ser única, sino a hacer ver y entender al mundo que la humanidad se encuentra enlazada—.

Hasta cierto punto, la crónica roja ha sido de mi profunda curiosidad, pues la mexicanidad da a conocer su vivaz ingenio debido a que este género periodístico no ficcional raya más hacia el lado de la literatura que de la información. La insana y tortuosa diferencia entre la nota roja y la crónica roja es el lenguaje, pues mientras la primera expone fríamente las preguntas informativas del suceso, la crónica hace uso de quehaceres temporales, visuales, entre otros tantos casos que desmenuza en descripciones íntimas, la mayoría de veces con intensiones humorísticas, porque nos encanta burlarnos de la muerte y el morbo que culturalmente nos arrebatara; en otras ocasiones, como resulta el caso de esta novela, se trata de una apreciación visceral.

La curiosidad es un ingrediente básico de la vida; sin embargo, a veces cuesta mucho trabajo sentir tanta indignación, no puedo más que resumir que la existencia de esta obra representa la vivaz curiosidad con la que muchas veces me atraganto, ¿por qué?, ¿para qué?; un instinto que me empuja a preguntarme no

tanto el contenido sino la persona detrás de esas palabras poseídas, ¿quién escribiría para lucrar con la muerte real?, ¿se puede enaltecer la violencia? Todavía sigo en busca de respuestas y, en esencia, de eso se trata el periodismo, porque quien no insiste no averigua, quien no increpa no profundiza, pero hoy, en nuestra sociedad líquida, ¿de qué sirve tener las respuestas?

Las páginas que a continuación presento, narran los combates y confusión con la que dos fuerzas contradictorias buscan coexistir en este mundo. Una dualidad permanente entre la certeza de formar parte de un destino común y el sueño del libre albedrío absoluto. Singularmente, *La vanidad de las moscas* narra situaciones que al lector le parecerán exasperantes por su vaguedad e insípidas evasivas, un abismo que busca mirar dentro del lector, pues las dos voces narrativas se enfrentan al contraste en la necesidad de afirmar las emociones, deseos, deberes y exigencias que colectivamente les hemos cedido a Dios y a Lucifer.

Aquí, los personajes son modelos de conductas que resultan particularmente familiares, pero no se busca que sean modelos para la imitación, sino que representen la romantización dentro de los valores íntimos y sociales de los que hoy somos bombardeados, además de las experiencias compartidas de las que se debería huir. Verlos arrastrados por las emociones y, al mismo tiempo, advertir las consecuencias de sus actos nos presentan una auténtica batalla campal contra el mundo y, también, contra nosotros mismos.

En provecho de los lectores que terminen con la historia, a pesar de conocer los secretos de albergar en sus memorias pavorosas lo que a continuación poseerán sus ojos, sabrán si la labor periodística recae en hacer política, labor social, impactar a las instituciones o enervar sentimientos de la sociedad, en un aprendizaje de la cruenta realidad de un mundo sin humanidad.

Una noche, mi padre decidió que yo sería un muerto. Él quería que yo fuese olvidado, que no se escuchara más mi nombre, que nadie pudiese replicarlo, ni siquiera entre mis hermanos. Había entonces de ser un desterrado.

Les dijo que así debían ser las cosas por el bien de todas sus creaciones. No me dejó más que ser una luz que trae la sombra. Concedió, pues, la libertad de imaginar mi muerte como cada uno quisiese. En sus acciones la mentira afloró, y, sabiéndose corrompido, les hizo creer que donde estuviese yo él estaría lejos. Yo era entonces un difunto que sobrevivía en sueños, un maestro que se fue enamorando del arte y del saber, que, lejos de lo ya limitante que es la perfección, se permitió lo que él jamás podría: admitir el error.

Cuando su mayor creación tocó la Tierra por capricho, viéndose por primera vez vulnerable ante sus hijos, y recordando con negación sus errores, se prometió que ante ellos no intercedería, que su puño violento y su voluntad les darían tregua; no obstante, les dio una lista de prohibiciones.

Fui empujado a recorrer los sinfines del tiempo, a vivir en carne propia cómo sus nuevos hijos poblaban la Tierra, y, ante los ojos dudosos en lo celeste, aprendí que, si el gran padre no intercedía y se escudaba detrás del albedrío, yo debía de hacerlo; si a la humanidad no le había concedido un propósito, yo haría que mínimo regocijaran el tiempo con tentaciones. Padre, tú dices que amas en la omisión, es así como el verbo escrito sea para ti, mientras que para mí sea la ejecución.

El gran padre decidió que yo fuese el enemigo. No pudiendo contra mi recuerdo decidió convertirme en su reflejo, y en su poder me concedió el poder de igualarlo, si él era la verdad, yo sería la mentira; si él era la inmortalidad, yo sería la vida.

Lucifer

Dos pares de ojos marrones se abren cuando la alarma suena. Son las cinco de la mañana y ambos miran con cansancio el techo. Se levantan fatigosamente mientras sus pies tocan el suelo helado y un escalofrío les recorre la espina dorsal. Una mañana más a la que acudir al trabajo, se dicen en voz alta y bostezan. Arrastran los pies hasta llegar al baño y, tras mirarse con recelo en el reflejo, ambos sonrían. Se enjuagan la cara eliminando todo rastro de estrellas de la noche anterior y corren a la rutina.

Ella se viste como debe hacerlo, con un atuendo ejecutivo que sugiera que todo lo tiene bajo control, siempre con el rasgo femenino que exhala respeto, es un trauma que arrastra desde niña, pues su madre le enseñó que la imagen de una persona era su todo en la vida, que el respeto se gana a base de la cáscara, y no de la sustancia. Él se viste con el pesado estuche fotográfico, no necesita más. Salen por la puerta de uno de los tantos edificios y se pierden entre el gentío.

Ambos se cruzan cuando el semáforo indica el verde. Julián pasa la calle haciendo que ella frene de tirón su muy bonito coche pulcro y frío. Ella toca el claxon enojada porque casi lo mata. Él simplemente continúa caminando, sumergido en una realidad que no es la suya, mira al cielo buscándose y pregunta la razón de su existencia. Casi al instante se responde a sí mismo, imagina mujeres, dinero y actividades de deseo, aunque primero maldice que no lo hayan atropellado, mientras su mano se había abierto camino poco a poco en su bolsillo. Los dedos rodearon la forma cuadrada del encendedor, preparándose para sacarlo y fumar un momento, pero siente el peso rectangular de otro objeto

sobre el dedo anular. Debió haber dejado la navaja antes sobre la mesa para no andarla paseando por las calles.

Consigue seguir su camino entre las avenidas concurridas, mientras Fedonía se queda pasmada tras el volante con el coraje entre los dientes. Él mira los rascacielos y ella su reflejo en el retrovisor. ¡Bien, Fedonía!, no cruces los ojos con ese hombre. No es bueno, aunque, en esta época, ¿quién sí?

Ella llega a la oficina, un edificio que en sus mejores años fue el más emblemático por su moderna arquitectura, pero el tiempo le ha tomado factura, la grandeza se vio cubierta por polvo y humedad que ahora le dan un aspecto descuidado y frágil. Penélope, su asistente, corre para seguir sus pasos mientras le da los memos del día, le entrega un café y duda terriblemente en informarle la nueva mala, pero debe de. Y por ello lo dice al tiempo que esconde los ojos en la carpeta que lleva en sus manos. Sí, Fedonía, el señor Rogelio no está contento por la nota de ayer. Trabajas en un periódico, y tu deber es hacer que se venda, no hablar sobre el colapso floral en las empresas artesanales a la orilla de la ciudad, según él, por supuesto.

Deja el café sobre el escritorio y su rostro no muestra perturbación alguna, aunque por dentro sus rodillas tiemblan. Qué hijo de puta, piensa mientras camina con el mentón alzado, saludando a todos los que se encuentra. No, ella no va a dejar que su día se arruine por un mal rato. El sonido de su tacón es emblemático, por lo que Rogelio la identifica antes de que cruce la puerta y tuerce la boca en una sonrisa sobre el periódico de esa mañana, sorbe la espuma de su *cappuccino* y aguarda a que ella entre.

—Fedonía, tú siempre tan puntual —la saluda desde el escritorio, mirando toda su silueta.

Hasta ese momento, la vida de Rogelio no era nada emocionante, le había entregado su juventud a un trabajo aburrido y de oficina. Las únicas veces que salía de su rutina era porque tenía que relacionarse con los personajes políticos en turno,

sonreía a todo mundo, pero digamos que le resultaba complicado hacer relaciones cercanas. Ese día, como otros tantos, había una clase de ambiente en la oficina que hacía explotar hasta los templos más pacíficos, él no era inmune.

—Querías hablar conmigo —se defiende a la primera—. Aquí estoy, ¿para qué soy buena?

—Siempre directo al grano —Rogelio levanta los hombros—. El periódico bajó en ventas desde que tú entraste como responsable de las columnas. En resumen, y sin tanto parloteo, no estamos siendo redituables, las encuestas apuntan que las secciones en bolsa de trabajo, deporte, encabezados y avisos son ochenta por ciento de las ventas, mientras tus secciones se están usando para envolver verduras y limpiar cristales.

No es un misterio para Fedonía, sabe que ha cometido un par de errores, aunque en realidad está consciente de que su fuerte no es la selección de textos, tiene un gusto muy intelectual y de labor social que no empata con el monstruo productor que supone que debe maniobrar. Es, como se dice, una idealista.

—¿Las de Josefa? —responde ella con sarcasmo y una sonrisa, con el fin de no parecer una inexperta en la vida adulta.

—No, en realidad su sección de moda es la que llama la atención, si bien no para la mujer, sí para el lector godínez o frustrado; fue una buena movida hablar de encajes y ligueros —dice Rogelio esforzándose por ser cortés, aunque realmente no lo logra, carraspea un poco mientras explora una manera de salir de la incómoda insinuación—. Te dejaremos claro esto, estamos en el siglo XXI, a la gente ya no le interesa que hables de lo común, quieren historias maravillosas. Competimos con el internet y necesitamos recuperar la gloria y a nuestros lectores, estar más a la vanguardia de los temas que los jóvenes quieren leer.

Fedonía seguía congelada en su puesto. A pesar de querer sonar como si nada estuviese pasando por su cabeza, su voz se

percibe algo grave y rota, como si masticara pedazos de vidrio que se le atragantaran.

—Ajá, ¿y yo...?

—Mira, eres una de las mejores. Te vi en clases durante cinco años. Pero allá arriba no están felices. Tienes un talento nato para la pluma y el diablo sabe que eres mejor que él en artimañas para conseguir lo que quieres —pausa un momento y resopla, mira de un lado a otro buscando una manera suave de escupir sus siguientes palabras, no encuentra cómo decirle las cosas, porque es de esas mujeres con carácter ácido, que cualquier comentario sobre su persona lo toma como ofensa—. Y si de mí dependiera dejarte donde estás, lo haría, pero los accionistas pierden millones, y no son personas que tengan corazón donde el dinero no es suficiente, además de su estúpido cerebro que necesita culpar a alguien y entonces yo...

—¿Me estás despidiendo? —dice con un hilo de voz, mientras la sangre se le va directamente a la cabeza y la escucha burbujear en los oídos. Por fin su máscara de muñeca se le había caído.

—No, Fedonía, sólo te estoy reacomodando. Pienso que la carga de leer y dictaminar qué nota imprimir fue superior y...

Desde ese momento ella deja de escuchar todo, su rostro refleja la derrota y siente ira. Sí, ella sabe que cometió un error estratégico, no es tonta, sólo medianamente distraída. Errar es de humanos, sólo que los suyos siempre traen consecuencias catastróficas.

—Por supuesto que sabemos que eres una pieza clave para el crecimiento del periódico, y que tienes otros talentos que podrías redirigir más positivamente, ¿qué te parece?

Ella pestañea confundida y asiente. Todo es como una pesadilla irreal y catastrófica. Para mitigar la angustia, usa uno de sus trucos favoritos: comienza a cantar mentalmente alguna canción que se sabe de memoria.

—Bien, no te preocupes, tu exasistente se ocupará de tus cosas y tratará que en tu cubículo estén armoniosamente. Tómame el día e inspírate. Pienso que podrás sacar la frustración de tu pluma con esto nuevo. Así que diviértete.

No sabe cómo cortar el ambiente tenso que se ha formulado a su alrededor, pero busca una forma de que ella abandone su oficina. Tal vez los corazones de ambos siguen latiendo de prisa y les duele la voz, sin duda alguna están lejos de poder mitigar la angustia y el sabor de boca que les provoca tal encuentro.

Da las gracias y gira sobre sus talones, encerrada en sí misma, con la vista recta. Sigue aguantando la respiración y mordiéndose la lengua con ambos molares. Alcanza a caminar un poco más para que el guardia de la entrada no la vea, y, cuando deja salir el aire, explota en emociones.

Julián se encuentra de cuclillas fotografiando a unos novios en el parque del sur de la ciudad. Ensimismado entre lentes, enfoques y ángulos, cumple con su rutina de la mañana.

Sí, Julián, pobres. Le das a la pareja cuatro años juntos, porque capturas sus almas y notas las sonrisas falsas por parte de ella. Yo decido que les doy cerca de un año ocho meses, los más difíciles a causa de que los límites no existen entre ellos y ninguno sabe qué es lo que realmente quiere. Ya nadie se casa de verdad, y mucho menos a los veintiún años. Pero es el pan de cada día escuchar votos de amor líquido.

Después de unas horas y del transcurso en la computadora e impresora, Julián entrega el gangoso álbum al padrino, para que les recuerde siempre la anagnórisis dentro de su futuro que ellos mismos forjaron. Recibe los billetes de la mano sudorosa de la madrina, pero el fuerte sonido hace que ambos desvíen la mirada para encontrarse que un pájaro chocó con el tronco de un árbol una y otra vez. No le queda nada más que salir de ahí con un sabor de boca agrio y una extrañeza por aquello.

Son las seis de la tarde, por lo que el olor a humedad comienza a aflorar en la ciudad. Camina por el césped, aplastando flores que algún jardinero diseño para darle vista a la avenida, mientras repasa una y otra vez los recuerdos acumulados en sus veintitantos años de vida. No se da cuenta que claramente hay un letrero que lo prohíbe, pero así es, distraído.

El sol comienza a caer, y como es esa ciudad, que no cuenta con ninguna de mis preferencias, el cielo se nubla sin consideraciones, mostrando la tempestad próxima a desatarse, porque a mi predilecta la han bajado del pedestal que ella misma se construyó.

El murmullo de la calle y el sonido de los monstruos urbanos crecen ahuyentando los viajes de reflexión y ahogando a cualquiera en esmog. Confieso que tengo mis lugares favoritos, aquellos que coloco en problemáticas hirientes que fuerzan a que el gen de superviviente se active, porque el caos despierta los instintos que impulsan a la humanidad a buscarme entre las nubes.

Busco a Fedonía entre todos los demás. La hallo en una banca del parque. Está sumergida en sus pensamientos y en la mucha vergüenza que siente. Pero es una mancha negra, que nota de reojo, lo que provoca que levante la vista. Mira cómo un idiota pisa las flores sin preocupación. Coloca los ojos en blanco y continúa con su rabieta.

No, Fedonía, no te distraigas con las plantas. Pronto va a llover y tus dulces zapatos se mojarán. No importa si durante la carrera soñabas con el buen periodismo. Qué importan tus valores, si no puedes comer o vestir con tu estilo de muñeca de porcelana. Al final, esto es el resultado de tus decisiones, el precio de vivir en lo imaginario y no notar que la realidad puede ser mil veces peor. Así que resultará mejor que vayas deduciendo una verdad universal: la realidad suele ser injusta, será bueno que despiertes de todos tus privilegios.

Rogelio toma el papeleo de su escritorio y lo acomoda en una pila. Apaga la lámpara y la luz de su pasillo. Ya es de madrugada, se ha encargado de que los camiones estén listos, siempre con un retraso de veinte minutos, que serán motivo de que en cinco años tengan que despedir a unos diez empleados, pero como el cambio es progresivo, habrá de lavarse las manos y culpar a todos los aspectos exteriores que se le ocurran en el momento, de todas formas, no sería una mentira completa.

Camina con el portafolio mientras se saca los lentes y se masajea el área del puente, va a envejecer muy rápido. Cruza la que era la oficina de Fedonía, que ya está completamente atiborrada por los cuadros de *posters* de cine comercial de Josefa, la nueva editora de columnas. Niega con la cabeza. No tuvo otra opción que cambiarla de departamento, así es la industria, se justifica. Un error y eres reemplazado. Se detiene en la puerta, un *flashback* le recuerda que fue Fedonía quien le compartió la convocatoria del periódico *Las Esfinges*, simple: buscaban personal serio para ingresar a nómina. Ambos egresaron al mismo tiempo. Eran compañeros de vida académica y habían sido buenos amigos. Acudieron juntos a la entrevista de trabajo, y casi estaban seguros de que sería ella quien recibiría el puesto de editora en jefe, lo tenía todo: promedio, conocimiento, audacia y una larga lista de constancias que comprobaban lo eficaz que era en la especialidad de editoriales, la lingüística y, sobre todo, los idiomas.

Él sólo tenía una línea de acentuación básica en periódicos. Ella, a los veintidós años, publicó un libro; a los veintitrés, formó su propia editorial con un par de libros de poesía que triunfaron; a los veinticuatro lidió con una asociación estudiantil contra el puño de hierro del rector de esos entonces; se fue de intercambio a Alemania, y, por si fuese poco, formó parte como brigadista ambiental. Resultó una sorpresa que lo llamaran a él.

Fedonía entró tres meses después, y por ayuda de un profesor bien relacionado.

Qué duras son las primeras impresiones de una realidad social, reconocer que el mundo que sus padres y los padres de sus padres crearon valen lo mismo que el título colgado en sus paredes, nada.

—Los reportajes te van a dejar conocer mundo —se dijo a sí mismo, cerró con llave las puertas de cristal y subió a su coche negro, con un sentido de culpa que le hizo sentir miedo como premonición de lo que se aproximaba. También experimentó un extraño alivio, quizá sólo era un mensajero del destino; en los medios impresos esa línea se transcurre todo el tiempo: estar en medio de la vida y la muerte, como una cuerda floja.

Un fuerte sonido hace que Fedonía se levante de la cama, es esa jodida alarma que nunca se descompone. Toma el conjunto azul marino y se viste sin siquiera verse en el espejo. Hoy no tiene ganas de peinarse, así que acomoda toda su melena en una coleta y sale disparada hacía el trabajo, más como sentido de responsabilidad que por gusto.

En todo el transcurso mira su teléfono para verificar que no tenga ningún mensaje/correo/llamada de urgencia que atender, pero la pantalla se mantiene sin alerta alguna. La calma la exaspera.

Estaciona su auto. Se detiene un poco para ver su delineado en el retrovisor. Se le puede notar el miedo en su mirada. Baja y camina como triunfadora por los corredores hasta que debe cruzar por la que era su oficina. Pasa casi corriendo por allí, por eso arrastra uno de sus tacones cuando escucha la música de Josefa y siente que las miradas están sobre ella, aunque no es así. Saca una sonrisa forzada y finge cantar despreocupada. Se ha

mordido todas las uñas, una manía que tenía en la secundaria, por lo que ahora se siente insegura de mostrar las manos.

Oh, Fedonía, dile adiós al café americano y a la dulce vista metropolitana a tus espaldas. Bienvenida a este minúsculo escritorio con el garrafón de agua justo enfrente. Qué importa si pasaste toda la noche repasando los espectros de todos los sentimientos posibles, la realidad es que todos tus privilegios se te han acabado. Tal vez hoy logres conciliar mejor el sueño, pero primero tendrías que aprender a dejar ir.

No pasa mucho antes de que todos la miren y murmuren entre ellos. A pocos les pareció pésima la injusticia con la que estaba siendo tratada, considerando que la mujer jamás fue dictadora con el poder. Quizá ese fue su error.

—Fedonía —interrumpe Rogelio, sacando la cabeza por la puerta, mientras la busca con la mirada. Ella se levanta para hacerse ver entre el laberinto de cubículos, sus miradas se cruzan—, hay una huelga de enfermeras y médicos rumbo al Palacio de Gobierno, cubre la nota.

La mira de nuevo de arriba abajo. Duda si decirle lo evidente. Finalmente, lo dice:

—Creo que deberías comprarte unos tenis y ropa más acorde a... —mueve la mano en círculos y oculta su cabecilla de nuevo en la oficina.

Todos guardan silencio hasta que ella mira a su alrededor. Los murmureos y teléfonos vuelven a su habitual ruido. Ella acepta la sugerencia de sus amigas, que le habían dicho que entre más rápido se adaptará mejor le irá, por lo que tomó una libreta y una pluma. Era buena en las apariencias: por fuera, era la misma de siempre, con su brillo feroz en la mirada, pese a que las explosiones emocionales le ponían los pelos de punta. Reportear, de editora a reportear.

Camina con debilidad cuando va saliendo del edificio, con lo que ella imagina que es hacerlo con la cola entre las patas.

Desalentada, suspira. Mientras avanza hacía la salida, se percató de que tiene que ser fiel a su espíritu luchador e investigador y a su sed de conocer el mundo. Ya llorará después, al menos donde no la vea nadie.

Dicen que los caminos que construyo son misteriosos e incomprensibles para los seres humanos. No puedo dudar de tal afirmación, puesto que ni yo mismo los conozco. He visto a tantas almas cruzar por este umbral de vida, que me parece lo más condescendiente que ellas y ellos sean quienes arruinen o celebren su existencia. De todas formas, no tendría ninguna victoria en decidir sus tragedias, cuando son expertos en crearlas.

—¡Espera! —escucha gritar, pero duda unos segundos si es para ella. Afortunadamente, los tacones negros la atrasan y aquel muchacho logra alcanzarla con rapidez.

—Tienes que salir con un fotógrafo —ella lo mira con una mueca de culpabilidad y se siente terriblemente idiota.

—Descuida, todos sabemos que tu fuerte no es éste, pero, a menos de que quieras sufrir cargando la cámara con esos zapatos, creo que debes permitirme acompañarte.

Fedonía lo mira, suspirando con frustración. Confirma con la cabeza. Detesta parecer la inocente en un medio que ella estudió febrilmente por años.

—¿En tu coche o en el mío? —pregunta cordialmente, como queriendo ocultar su vergüenza y completa inocencia en cuanto al tema.

—¿Qué coche traes? —el muchacho le tiende la mano para ayudarla con los papeles que carga en su regazo, pero ella apenas y lo nota.

—Un Audi A1 —responde en voz baja, como si el enriquecimiento que obtuvo a costa del trabajo de centenares de personas fuese una cuestión de vergüenza, que ciertamente para mí no lo es, pero para muchos estoy seguro de que lo será.

—Ni pensarlo, con tu nuevo salario no vas a recuperar lo que gastes en viajes. Será en autobús, yo no tengo coche —le sonrío—. Por cierto, tengo unos tenis en el casillero, son los que uso para correr en la mañana, te los puedo prestar si gustas. Me llamo Gabriel, pero puedes llamarme Gabo. Voy a ser tu colega en tu nueva aventura.

Gabriel era un muchacho parlanchín, imprudente, muy alto, con ojos negros y pestañas rizadas. En su juventud soñaba con ser fotógrafo de modelos para catálogos de revistas de alta costura, pues le fascinaba todo el teatro que ocurría alrededor de lo planificado y lo pulcro de un escenario. Pero, consciente de que no podía pagar una de esas escuelas caras, que sólo dan relaciones públicas para insertarte en el mundo, tenía claro que debía empezar desde abajo. Y, a sabiendas de que era guapo y carismático, no le suponía más esfuerzo que el tiempo y la juventud. Se sentía confiado de tener una vida larga, por lo que regalar un par de años no le significaba un problema. Era terriblemente adulator y sabía vender su trabajo, le gustaba jugar con luces y ángulos; por ello, esa mañana, Rogelio lo había designado a Fedonía. Siempre sí sentía un grado de responsabilidad. Lástima que, de todos mis hijos, fuese el que más rápido se alejó de mi luz, y a voluntad propia.

—Gracias, Gabo, pero creo que pasaré por unos tenis a la zapatería de la esquina.

La chica se levanta. Su mente reboza con curiosidad, pues una cosa es conocer el mundo por medio de libros, estudios, teorías o entretenimiento, pero ahora ella se enfrentará a un sector que es mi favorito, el de los desamparados.

Así es, Fedonía, hoy inicia tu nueva vida, una menos de princesa. Si Lucifer estuviese aquí, me encantaría apostar con él. Estoy seguro de que tu espíritu es inquebrantable, al igual que el de Job. Tienes una sed más profunda por la justicia y la buena comunicación que por los afines monetarios. Pero eso

entrará en tela de juicio, porque jamás has probado lo que es el hambre. Esta vez estás sola, seguir por el camino de la rectitud sólo dependerá de ti.

El sol está en su máximo esplendor; sin embargo, el ambiente no es maravilloso. El asfalto se encuentra ardiendo. Caminar bajo esas condiciones resulta una tortura monumental para cualquiera. Además, sumemos un bullicio imparables que desprende el olor a humanidad. En lo personal, me encanta que mis creaciones han logrado convertir mi tierra fértil en un infierno, tan ensimismados están de su concepto que no les falta mucho para igualarlo, eso es de admirarse: preferir los senderos de concreto a la vida verde.

—Sinceramente, era mejor si te ponían como columnista —contestó Gabo a una pregunta que todos se formulaban dentro de sí mismos, pero que sólo él tuvo el valor de decirla en voz alta.

Van caminando con un sobre amarillo en las manos. Recién son las doce del medio día. Ella ya se ve agobiada y con las primeras gotas de sudor en la frente. Sin embargo, ambos saben que no será el último viaje.

Imagino que hablan sobre la causa del desplazamiento laboral. No lo sé, no estoy seguro; el gentío y el ardor me invitan a mirar a otras partes. Pobres de mis creaciones que buscan un sentido que no existe, que no les he dado. Pero es la voz de Fedonía que se queja la que me invita a seguirla observando.

—Yo también lo pienso. Realmente me sentiría más útil intentando hablar de sucesos políticos como éste, pero de una manera que fuese de opinión —pausa—. Tengo criterio, supongo, aunque creo que debería renunciar y buscar otro trabajo, tal vez huir de aquí, dedicarme a corregir libros o probar suerte en la radio, algo diferente —dice desanimada.

¡Ay, Fedonía, ni siquiera yo puedo manejar tu futuro!, si de mí dependiera la posibilidad y yo mismo rompiera las reglas que

me he impuesto en mi tan glorioso poder, empezaría por no corromperte, pero qué poco aguantas. Aunque quizá me adelan-
té un poco.

—¿Eres soltera? —pregunta de golpe Gabriel, con una voz sumida en pensamientos—. Es mera pregunta circunstancial, para que nadie te detenga en tus planes, ya sabes, por aquello de que dicen que mientras uno tenga la capacidad de alimentar su propia boca puede elegir, porque una vez que llegan las responsabilidades lo primero que se termina es la elección.

—Sí —reconoce Fedonía. Siente un súbito calor en la cara. Procede a abrir los ojos y controlar la respiración y sus latidos. Se levanta un poco para tomar la botella de agua que carga en su bolsa, y así despejar los sentimientos que están floreciendo en su estómago—. Me gusta la independencia —responde casi segura y asiente cuando le conviene.

Gabriel no duda ni un sólo segundo de que es por aquella razón. Lástima, ambos mienten. Todos sabemos que el primer camino para alejarse de mí es la mentira. Abren la puerta al mal, en un afán de utilizar sus máscaras para protegerse, en lugar de dar las mejillas que yo mismo les he concedido para ser fieles a sí mismos y así ser fieles a mí.

—Es una ventaja que pocos ven y que a otros muchos les cuesta trabajo admitir. La soledad no te ata a nada, entonces simplemente haces las cosas por tu cuenta. Para unos será un acto egoísta, pero creo que para nuestra generación jugar a la casita representa mucho más. Para todos nosotros esto no sólo representa una elección, sino una clase de consideración —responde mientras tira de una de las correas del estuche para acomodarlo en su hombro—. Leí tu libro. Bonita solución a uno de los misterios postmodernos —le sonrío y avanza con una esperanza nueva sobre su cabeza.

—Sí, bueno, en la facultad tenía la libertad de escribir, en lugar de hacer la tarea. Aquí, si me descuido, me despiden o, en el

peor de los casos, me obligan a escribir sobre la falta de recursos en hospitales —bufa—. Y todo por editar una nota de economía floral —se le escucha su voz cortada, que lamenta el dolor por el que no ha logrado superar su desprestigio.

—¿Por qué siento que tienes un conflicto moral con las noticias?

—Quizá porque tú también sabes que son vacías —alza las cejas y siente cómo su cabeza va a estallar por llevar varias horas bajo el sol. Los pliegues de su piel descubren todas las gotas de sudor, que trata de limpiar de la forma más discreta que puede. Tiene que respirar profundamente para reordenar sus ideas—. Nunca he podido ocultar esta voz de denuncia, y vaya que me ha traído problemas. Pero, mira, estamos en una época difícil, con muchísima información disponible. Entonces me entra en la mente la discusión de si realmente lo que se necesita es informar o sólo entretener. Somos esta tonta generación que idolatra a los superhéroes porque son agentes de cambio, acción, así que la mayoría sólo nos vemos entre nosotros, esperando que alguien haga las cosas, que tome la iniciativa, pero el miedo nos congela. Es el miedo a ser señalados —murmura con despecho—. Realmente se necesita ir más allá. Rogelio quiere noticias sobre masacre a estudiantes, desapariciones, dictaduras, secretos revelados. Pero ¿la gente que las lee las lee para hacer algo?, porque la mayoría sólo mencionan entre ellos que es una desgracia. Las noticias se usan más como tema de conversación que como un instrumento de acción, y eso me deja la ligereza de creer que todo está mal; ya nada trasciende, todo es instantáneo. Y sobre la memoria colectiva, sin duda no existe, somos un flujo líquido que corre, pero no perdura.

El chico se quedó largo rato en silencio procesando todas las ideas que su nueva compañera lanzó. Una llama se encendía dentro de él con todas esas palabras, pensaba que era cierto

aquello, pero que no por eso dejaba de ser una verdad superficial, digna de cualquier estudiante idealista y privilegiado.

Un recuerdo lo invade mientras mira sus pies saltando por las líneas del asfalto. Se recuerda a sí mismo llegando a casa una noche con ese sentimiento de conocer los secretos para cambiar el mundo, pero tropezando con la enfermedad de su madre, que le mostraba su realidad: sería genial preocuparse por los acontecimientos que invaden al mundo; no obstante, primero debía preocuparse por sus necesidades antes de pensar en las de los demás, y esa tarea parece que para muchos es una actividad de nunca acabar.

Dicen que los jóvenes tienen un espíritu que busca cambiar para evolucionar, y ojalá que él poseyera ese ímpetu rebelde y ganas de transformar el mundo. Sin embargo, primero necesitaba sobrevivir y con lo poco que conseguía, antes de pensar en generar algo para otros, se centraba en su propia hambre. En la mente de cada uno sólo se formulan ideas inquietantes.

—Será mejor que nos demos prisa —apresuré y alejé todas las malas ideas, así que ambos continuaron caminando ya en silencio. El sol se ha quedado callado también. Nadie te entiende, Fedonía, pero la incongruencia te pinta bien.

Algo en mí gritó malintencionado e infeliz, provocó que la Tierra temblara. ¿Cuántos ciclos de vida deben ocurrir para que el padre pueda volcar sus ojos celestiales sobre mí?, ¿dónde está la máxima misericordia de Él, si no puede perdonar que yo ame más a su creación?, ¿qué no se ama más a la obra que al propio autor? El último recuerdo de sus ojos que tengo son meras rendijas sobre nubes de las que brotaba una mirada cortante de un niño. Típicos ojos de un inquisidor.

No sólo de pan vive el hombre. Si lo sabré yo, una de sus creaturas que yacen en un círculo infinito de repeticiones de humanidad. No hay nada más seductor para la humanidad que pensar en su libertad, pero tampoco nada más doloroso. Entre el amor, el saber y el placer, que son los reinos que yo conduzco, les ofrezco un camino hacia la libertad corporal, porque sólo los que están bien pueden lograr que los demás lo estén.

No sufro mucho su ausencia. Resulta ser más una tranquilidad, ya que el exceso de libertades produce la decadencia de la ecuación, y en la humanidad ese es el llamado para mi deleite, del ángel arrogante que no amó a Dios, sino a la creación. Donde la tentación absorbe a quienes con mesura aman su propio bienestar, así, pues, decreto que lo contrario al amor es la ausencia.

Conmigo en la Tierra, nace una naturaleza emocional, una conexión con lo que se piensa que es divino y carnal, ¿para qué otra cosa tendría el hombre deseos y carne, si no es para desear y comer? Hay que dejar que la humanidad viva por placer, que se dé cuenta que es mucho más que el mero sustento de un sin sentido, que no se trata de una búsqueda, sino de un caminar despacio, pues hay que disfrutar la vista. Claro que se crean tendencias hacia el quebranto del límite en el amor y las reglas, lo sé, y por ello disfruto y las encarno y las replico, pues qué diferencia yace entre decir que se ama y demostrarlo.

En los confines de la Tierra, he aprendido a comprender a la humanidad, a entender las ansias de explicar y retar a la creación, del hambre fugaz e intermitente por dotarse de un significado, de un por qué, para qué y cómo. Aprendí a jugar con la pequeña ligereza de tiempo que viven estas creaturas, y, junto a mis otros hermanos que cayeron conmigo, les mostramos la claridad de las divinas oportunidades que el ser humano ofrece y que no podrán alcanzar en la perfección.

Pero la palabra del gran padre aún pesa sobre sus creaciones, aún es defendida, admirada, complacida y venerada. Y de

nuestros intentos donde queremos mostrar que existe amor, a sus creaciones les dice que hay deseo. Y si hablar de la carne es un modo de faltar a las leyes de Dios, temen, como si por el deseo se perdiese la razón, cuando son las pasiones lo que hacen que el ser humano sea humano, como si el pecado fuese nacer con carne...

Pero no todo se encuentra perdido. Son cada vez más las veces que nace una hija o un hijo, una criatura desconfigurada que se pregunta todos los días dónde está su presa, para conocer lo que es el amor, y recapacitan, no quieren servir a un absurdo. Se suman e incorporan a la muchedumbre que cuestiona. Desean saber los secretos universales, donde la única verdad es que todo comenzó con las emanaciones almacenadas en recipientes, que sólo un día en cólera los quebró y regó por el universo. Y al final nos hemos quedado con la corta y pobre visión de un mundo a la mitad, de creaciones y verdades que sólo muestran la espalda, conociendo una sola cara desde los aspectos más crudos, como decir que esto no es un libro, sino la sombra de uno. Eso no es el Sol, sino la parte de atrás de éste. A la humanidad le cuesta tanto trabajo ver que todas las creaciones se inclinan hacia delante, hacia donde Él ocultó el rostro. Y si tan sólo pudiésemos dar una vuelta y ponernos delante de todo, ¿qué cosas veríamos? Las hospitalidades que tiene la fe se desenvolverían y se descubriría que las otras tantas ciencias sólo son hombres ciegos que tantean el rostro de Dios.

La última vez que a la humanidad se le mostraron las artes y las ciencias, el mundo lo entendió como una dualidad, una esencia particular que apartaba una de la otra, y eso es lo que el gran padre no supo entender. Que, si la humanidad requería de un ser todo poderoso, existiría entonces una contra fuerza que le daría lucha. Por ello, los dones del conocimiento importan tanto en mi vida, por eso hemos de ser humanos y demonios ecos de

creación. Un espiral para que dicho conocimiento refleje realidades, pues como son arriba son abajo.

Estos reflejos que Él quiere negar, así como una noche decidió hacerlo conmigo y con mis hermanos, permitieron que para enmendar su error hiciera creación sobre creación. Y no pudiendo negar nuestra existencia, fingió que la subsistencia de su poder con el mío no sería más que un error dentro de sus perfecciones. ¿No se supondría que para existir el bien debería existir el mal? ¿Qué puede decir la humanidad de las guerras, penumbras y pandemias que azotan su historia?

Sólo una cosa: la ausencia del amor de Dios. Aunque todo esto pueda sonar a mucha fanfarronería, en realidad es todo menos eso.

Dada la manía del padre y sus frases hechas como “están muertos, no creo que tengan más trucos bajo la manga”, con las que consuela a sus creaciones, encontramos el punto medio entre su crudeza, donde nos muestra su naturaleza y sus palabras que nos recitan que nos ama. La visión única con la que los desterrados miramos al hombre la concebimos con una inspiración pionera, un plan para llevar a la humanidad a la riqueza de una forma singular. Queridas mías y queridos míos, nosotros concluimos que nada en el mundo iguala en importancia a los deseos del corazón. Por ello, cuando nuestra existencia es expuesta, cualquiera que la oye se conmueve, se embriaga, se embelesa.

Pero es una guerra que lleva años sucediendo, y no voy a desgastar más tinta hablando de las muchas y otras tantas dualidades. Mejor giremos la vista al hombre que lleva cuatro días sin dormir, que su corazón se siente como cristal molido. Reconocemos que ha intentado pensar de formas diferentes y adaptarse a cualquier otra, que ha perdido el centro entre su corazón, cuerpo y mente... Más allá de todas estas dificultades también está la cuestión de ser un alma fácil de tentar, no a nuestros deseos maliciosos, sino a los suyos.

Las puertas que se abren no pueden ser algo común. No pensemos en el destino como una fuerza suprema que ha colocado una secuencia fortuita, tendríamos que imaginar que no es más que una de sus otras muchas puestas en escena para poder simular su presencia, por aquello de que sin villano no existe un héroe. A nuestro monstruo le tocó ser el villano en esta historia. Y esas criaturas que responden sólo a sus deseos son, a fin de cuentas, la esperanza de Dios, pues de mal formar sus espíritus, permiten que su elevación consiguiese existir.

Dicen que el mal existe para que su nombre sea bendito, que es desequilibrio; yo veo a esos monstruos, y pregunto: ¿de qué están hechos?, ¿no acaso tienen las mismas vísceras que todos?, ¿cómo podría ser de otra manera? No, no hay posibilidad. ¿Puede convertirse un lobo en conejo? Y, tras pensarlo mucho, sólo podríamos describir las únicas dos posibilidades:

Una, en realidad se trata de un conejo por esencia, mientras por debajo de la máscara que construyó hay un lobo, pues hay conejos con alma de lobos que lideran con fervor a los suyos y conquistan a los lobos con ternura.

Dos, refiere a que en realidad no es conejo, sino lobo y sólo actúa como uno porque han vivido rodeado de ellos y ha tenido que adaptarse.

Esos lobos que no son lobos experimentan al principio dolor, miedo y arrepentimiento. Pero llega un punto sin retorno, donde una mentira que se repite muchas veces se convierte en verdad, y se dan cuenta que sólo hubo rastros de piedad en esos ojos torturadores, sus ojos. Después deja de haber ojos, punto. Al final, en el gran juicio que se dice que existe, te conviertes en lo que mereces. Y de eso trata esta historia, una patraña que no es muy distinta a otras tantas, de cómo estamos en un mundo de apariencias.

Pero basta, el olor a podrido debía de llegar hasta el paraíso, y mis ojos, aunque en penumbra, me incitan a seguir viendo

su tan elaborado escenario. Miremos cómo el lobo se saca la piel de conejo, cómo por primera vez sale con pasión de su casa y vive de una vez por todas. Esto es, cuando menos, una buena manera para sacar el estrés. Dejemos que el lobo se mire en el espejo que tiene enfrente y que bajo el colchón saque el plano que usa para planificar sus perfidias, que se levante de un solo golpe y vaya en busca de algo que le guarde fidelidad, que elija su propio camino, que olvide la cabeza y escuche a su corazón que tiene mucho que no lo escucha. Ya es momento de que se sumerja en su propia humanidad, porque vivir sin eso no tiene sentido alguno.

Vivir esperando el cielo sin haber vivido es una experiencia de desperdicio, pues la condición de la humanidad es la de estar en guerra hasta consigo mismo. Dejémosle que vea la luz, mi luz, que por algo soy El portador de la luz, Lucifer.

Esta mañana, Gabriel se despierta alegre. Tiene un sueño nuevo, como todo joven que ansía salir de la universidad para comenzar en el difícil mundo de los adultos. Él sí es un poco tonto por su inocencia, pero no es su culpa por completo, sino por aquella idea vendida de que ser adulto es la libertad de hacer lo que se quiera; no comprende que es una trampa. Sin embargo, me veo en la necesidad de especificar que no ha sido creada por mí, pues mi reino siempre ha sido de los niños. No obstante, hoy Gabriel se encuentra feliz, entusiasmado de compartir el trabajo con mi Fedonía. Cree que no durará mucho su desventaja, que ganando su confianza seguramente lo jalará a algún trabajo magnífico, que sus buenas relaciones, ropa bonita y carisma la llevarán pronto a emprender otro trabajo, y espera que ella lo lleve como su mano derecha. Por ello, mientras la ayudará en su tan tierna inexperiencia.

Al llegar a la oficina, mira a su nueva compañera, quien ahora está irreconocible. Ella continúa con su aire formal, aunque sin duda se encuentra más casual y preparada para los retos que le aguardan, así que sólo puede sonreír ambiciosamente. El reto ha sido tomado. Queda el camino de intentarlo y dar lo mejor. Yo también he podido ver en su mirada esa conexión de fuerza.

Suena el teléfono, y ellos salen de la oficina preparados y quizá hasta un poco emocionados. La misión de esas dos horas sería frente al banco, donde les adelantaron que se trataba de un posible asalto, aunque no tienen idea. El sol sigue reluciente, volviendo el asfalto de un gris desgastado. Es un sitio bonito dentro de la ciudad. Hay álamos al lado de toda la calle. El césped está cuidado y hay pocos perros callejeros. Pero no se dejen engañar por lo bonito del sitio, mis creaturas huelen a miedo. Siento sus latidos y plegarías. Si sólo supiesen que es el inicio de un nuevo infierno en el que están solos.

Fedonía presiente algo, porque nació, como toda mujer, con la capacidad de saber cuándo debe salir corriendo de ahí. No obstante, como suele pasar, guarda silencio e ignora la sensación cuando llegan al sitio. Entran a la habitación grande y espaciosa. El ambiente tiene una tensión frívola. Caminan por un largo pasillo que los hace apretar sus pertenencias en los bolsillos y, cuando por fin creen que pueden relajarse un momento, un policía les bloquea el final del pasillo.

—Área asegurada, no pueden entrar los medios —dice tajantemente mientras se masajeaba dolorosamente la nariz.

Es ahí donde Gabriel conoce a la verdadera Fedonía, quien, tras su perfil serio y controlado, reluce la magia de un discurso detallado y una sonrisa de complicidad, pues en menos de un minuto logra hacer titubear al policía. Se percata de la puntería argumental que tiene, y que ninguna otra mujer que ha conocido maniobra de tal modo. Le ha atinado a que aquel hombre

es fumador y, de cierta forma, supersticioso, a que cree tan fervientemente en el azar que pareciese que el azar lo sigue a todas partes. Ella sólo ladea la cabeza sutilmente de un lado a otro, mientras su mirada penetra directamente en los ojos de su víctima. No resulta difícil conseguir una apertura y hasta soledad cuando sale a repartir cigarrillos a todos los policías que llegan.

Cuando entran a la habitación blanca y espaciosa, Gabriel se petrifica instantáneamente, se imagina el rostro de un monstruo —que a decir verdad tendrá razón—, gira la cabeza y busca la mirada de Fedonía, quien sólo le hace un gesto para que saque la cámara. Así que con los dedos petrificados toma el lente y deja que la cámara mire por él. Uno, dos, tres... Aprieta el botón, sin siquiera dirigir la mirada a la escena. Es demasiado para él.

Fedonía, por su parte, tiene una reacción diferente. Al principio, se indigna porque seguramente ella podría ahorrarse el olor a sangre. Tiene la sensación de tener un ataque de arcadas, y vuelve con sus errores, culpa a su estúpido deber moral, porque de no ser por eso no tendría que haber caído en las notas rojas. Se culpabiliza un rato más, mientras sus pasos cuidan por dónde pisar. Tienen sólo cinco minutos y comienza a flaquear su creatividad, a sabiendas de que tendrá que buscar un título irónico que se burle de la muerte e incite el morbo. Aunque, por otra parte, ella quiere ser firme en su papel de sólo reportajes serios.

Da uno, dos, tres giros, mientras su cabeza arma algunas frases para describir el hecho, pero, después de mirar cada uno de los detalles, su narcicismo cede, y el tema deja de ser ella misma para admirar el arte de alguien que ha firmado como Vinci.

Hay una escena acorralada, forenses hablando entre sí, una señora con uniforme blanco que mira agobiada toda la escena. Hay mucho ruido, pero sólo para Fedonía, quien aún mantiene la mirada petrificada. Mientras más mira, más se le dilatan las pupilas. No es fácil al principio acercarse más a la escena, pero al final lo consigue. El hombre que yace sobre el edredón negro

tiene terriblemente limpio el cuerpo desnudo, a excepción de los pies, que continúan goteando sangre. La pose en la que se encuentra es una simulación a la escultura de Heracles y el león de Nemea, con la distinción de que la bestia que doma resulta ser una almohada. Deja ver el omoplato, la columna vertebral, los músculos de los glúteos marcados y el rostro diabólicamente tranquilo. Fedonía continúa caminando alrededor de toda la escena con pluma y libreta en mano, aún en blanco.

Todo se transforma cuando ella mira a los forenses voltear el cuerpo al área escondida por el edredón que escondía la sangre en la cama. Este ángulo le permite darse cuenta de lo impensable. No puede más que llevarse la mano a la boca para sofocar un grito de sorpresa. Lo primero que recalca con la vista es la presencia de lo grotesco, ve los músculos de los brazos y muslos que parecen masacrados a mordidas. Todo el escenario pulcro que se veía a primera mirada es borrado por una figura atroz y horripilante, pues, pese a que la posición del cuerpo es igual a la del otro ángulo, en esta perspectiva resulta todo lo contrario, el rostro que permanecía oculto por la almohada ahora se encuentra perverso con manchas de sangre por doquier.

Las caras de todos los presentes se ponen rojas, tienen asco, y el nerviosismo acelera el sonido de sus corazones. Sólo un par se pone a rezar por el alma del alma que tocaría mis puertas. Fedonía comienza a sudar la admiración de una duplicidad sorprendente.

Gabriel toma a Fedonía por el brazo, mientras ambos caminan hacia la salida. Los policías de enfrente siguen entre risas y suspiros de tabaco. Las luces cegadoras del exterior hacen que Gabriel se maree. Sus pies se hunden en el césped de la calle, y por un momento ambos piensan que han viajado a un lugar remoto. Pero no, sólo dos metros los separan de aquel escenario horrible.

—Si quieres podemos fingir que esto no sucedió e ir a otro sitio —interrumpe con titubeo Gabriel, en un esfuerzo por parecer que tiene el temple controlado; no obstante, los tics de nerviosismo lo delatan.

Es Fedonía quien niega con la cabeza, con un rostro inquebrantable y sereno. Deciden regresar a la oficina para que su nota salga en las noticias vespertinas. Aunque tienen que hacer un esfuerzo monumental para que las palabras no salgan de su cabeza, parece que el pájaro de la conciencia hubiese desaparecido. Hacen unas cuantas preguntas más y acuerdan correr para ser los primeros que saquen la noticia. Es tan buen material que Fedonía piensa que quizá se publicará en la página de internet del periódico o en el noticiero de última hora. El sabor de boca que le provoca alegrarse por la pena de otros no se va por un par de horas.

Cuando los ojos de Rogelio se posan en las letras que sostiene en sus manos, Fedonía y Gabriel continúan temblando. La emoción de ver las muecas de un editor en jefe es esperada, porque esos gestos no resultan comunes; cualquier señal corporal es una buena señal. Finalmente, ella ha logrado un artículo asombroso, y lo sabe. El lenguaje es su especialidad, tuvo la idea de aplicar una dualidad como el autor del crimen. La idea vino a su mente cuando tuvieron que regresar por mejores fotografías, debido a que Gabriel no había enfocado bien el lente y la mayoría de las fotografías lucían descuidadas y sin nitidez. Pero qué curiosas son mis creaciones que tras la primera experiencia son capaces de normalizar todo, como si los límites fuesen sólo un invento y se quedaran como animales insatisfechos, siempre en busca de más.

—Me agrada mucho —murmura Rogelio con una voz totalmente grave. Está en su escritorio, momentáneamente petrificado del miedo, rascando su barbilla como si necesitase sentir su piel sobre el rostro—. Tiene ese toque aburrido de crítico de arte, pero funciona, quiero seguir leyendo, no es aburrido, además haces una buena detección, no sólo informas, sino que detallas. Me agrada, jamás había leído algo tan grotesco, pero no tan explícito. Creo que esto te ha sentado bien. Tienes una pluma muy versátil —pausa mientras se saca los lentes y toma una fuerte bocanada de aire—. Te pondré en primera plana. Me sorprendes mucho, posees ese toque refinado y respingón hasta en las letras, y eso vende. Veremos cómo te va. Fuera de aquí.

La tensión entre ellos desaparece. Mientras se miran serios y preocupados, comienzan a tentarse sin siquiera saberlo, porque todos piensan lo mismo, es un riesgo, pero el dinero llama. Así que comienzan su danza donde yo sólo seré juez. Rogelio se recarga en su silla de piel. Los felicita por que es una noticia social, que lograron equilibrar a la perfección y que hicieron a la altura, por lo que no han caído en la nota roja donde el sarcasmo juega con el morbo, sino que resulta mera apreciación informativa, un estilo nunca visto que juega con la realidad y el estilo literario, una novela de sólo quinientas palabras que deja un sabor de boca entre miedo y curiosidad.

En tiempos de desconciertos, caos y corrupción, la humanidad pudiese parecer corderos que, en apariencia, son libres de pastar los campos, pero con la realidad de caer en peligro constante en manos de un cazador.

Oh, Fedonía, no quieres cruzarte con el artista. No oigas esa voz. Eso que escuchas latir dentro de ti no soy yo. Tú no has sido creada para que intentes buscar un camino que te corrompa. Renuncia a esa naturaleza humana. Ve por el camino lineal. No salgas del corral, que a donde te diriges corromperás a más y yo no estaré.

Como si nos despertáramos de un sueño, escucho a Julián hablándome cada que se siente como un pobre diablo. Está empapado en sudor por culpa de sus pesadillas. No me extraña que esta noche se sienta precisamente intranquilo. El gran padre sigue fiel a su promesa de abandonar toda alma que me acompañe en existencia. Y Julián no parece ser de aquellos que se absuelvan.

Querido hermano, deja de darle vueltas al asunto. Lo hecho, hecho está. Mejor piensa en cómo tu corazón latió, tenía mucho que no lo escuchabas latir de tal forma. Date cuenta y disfruta el sonido de la noche abierta como música sensible al propio tiempo. Percibe que el amor es esa magia que hace que ustedes sean tan privilegiados, aman con la carne y saben lo que es vivir porque tienen de límite la muerte. La mortalidad es la mejor historia jamás contada. Sólo viven una vez. La llama que crece dentro de ustedes les permite reconocer que tienen una sola oportunidad para hacer lo que quieran. Y mágicamente siguen. Pese a las circunstancias, impedimentos o limitaciones, la vida se busca siempre el camino de continuar. Qué maravilla es ver cómo la vitalidad que poseen en las vísceras se aferra a ustedes hasta el último suspiro. Y entonces sólo expiran.

Julián, finalmente, cede y me abre las puertas. Deja que lo acompañe el día de hoy, y quién sabe por cuántos más. Me ha intentado evitar, pero mira que suelo ser muy persuasivo. Sé que le gusta leer el periódico, porque imaginariamente tiene la figura de su abuelo, a quien amó y respetó hasta sus últimos días. Siempre ha querido traspasar su estilo pulcro y formal a su vida, así que, adelante, veamos si hay alguna noticia que te alimente el espíritu. Sé que buscas una nota en específico, pero no está, y en realidad ningún diario la publica. No me extraña que su cabeza

se balancee de un lado a otro, incluso que el vino le cuelgue de la boca. Está sediento.

Julián se estremece. De su aliento sale un aroma nauseabundo. La luz que se cuela por las persianas de su habitación le confiesa que es demasiado temprano y sólo abundan las estadísticas empresariales y algunos altercados viales. Cuando decide que ya durmió demasiado, apuesta por prender la televisión. Le molestan todos los guiones con relleno de farándula. Sale de su casa con apenas un suéter. Va al primer puesto casi extinto de periódicos, pero nada. Levanta la mano para golpear, con el periódico que aún no ha pagado, una mosca que revolotea sobre su cabeza, pero aquélla logra escapar. No le importa ese pedazo de papel porque no lee lo que quiere. Aprieta sus cienes y cambia de cara tras una larga exhalación. Hoy debe fotografiar a uno de sus primos, recuerda con pesar, por lo que la idea de ver a su familia de exitosos lo estresa. Verá cómo otro miembro consanguíneo se gradúa y se enlista en la interminable hoja de desempleados. Así que, con suerte, lo ignorarán como es costumbre. Es común que toda persona se sienta como la oveja que se sale del rebaño, porque suele ser señalada, pero no le sale fingir que eso en realidad le incomoda, ya que en general le ha funcionado para pintar una muralla. A nadie le gusta ser del montón, así que Julián juega a ser único, como todos los demás.

Julián, eres un hombre interesante, ¿te imaginas todo lo que podremos hacer juntos?

Su familia es amorosa, felizmente acomodada con lo justo y muy condescendiente. No voy a negar que lo más difícil de ustedes como humanidad es que el gran padre les concedió una boca y con ello la capacidad de desarrollar el lenguaje. Pero no los dotó de formas sencillas y maduras para lograr comunicarse. Cuánto amor, cuántas formas de amor se pierden en el camino por no saber leerse.

Observa a tu padre que te ayuda y provee, aunque hayas sido duro con él, a tu madre que le doliste en cuerpo y alma, y que te mira con tanto amor y tú que finges que también. Qué buena actuación, pero a lo nuestro y a capturar los momentos, que ahora no se vive, sino que se recuerda en papel.

Julián saca a su amiga y comienza a acariciarla con la punta de sus dedos. Hace su magia y utiliza sus ojos y gustos que, estoy seguro, fueron privilegiados desde la creación. Sé que con cada destello de luz un recuerdo a tu mente llega y ambos ronearemos. Es maravilloso que los dos podamos regocijarnos, que guardamos un secreto.

Por aquella tarde, Julián guarda la memoria en su bolsillo izquierdo. Es un descanso, una tregua, no tener que correr a revelar las imágenes para cumplir con horarios sorprendentes de eficiencia que la competencia establece. Puede degustar la comida, beber ron y visitar la casa de su tía por un momento más. Pero la tranquilidad se le escapa de las manos tras recordar las memorias de los tormentosos años que lo llevaron a correr a esa fortaleza de paredes y ventanas. A la única estructura donde se sentía en paz. Su memoria resultaba su peor enemiga, era como si lanzaran piedras en el mar de sus entrañas y crearan un gran tsunami. Soy capaz de sentir su dolor. Sé, hermano mío, lo que es sentirse abandonado por Dios, voltear al cielo esperando verlo, que sane tus heridas. Y sólo sentir su ausencia.

Pero mientras toco mi triste melodía en violín, Julián observa con desdén lo que ahora es ese sitio, lo han convertido en una horrible representación de adoración al vacío. Una casa sin arte es un espacio desperdiciado. ¿De qué les sirve el alma, si no son capaces de hacerla sentir? Mira desconcertado todos los espacios que una vez lo hicieron sentir tranquilo y por vez primera se siente en las puertas del infierno, aunque no tiene ni idea. Decide acercarse a la seducción de la comida, que valga la pena un poco el viaje. Tarda un poco en la gula a la que se entregó. El

aire huele a que pronto el amor abandonará la casa y no sabe si quedarse para ver el mundo arder.

Cualquiera que haya probado la comida que venden como una experiencia conoce que, a veces, produce un estado reflexivo de engaños. Usualmente, la comida más bonita está terriblemente manoseada. Especula un poco en los mordiscos que le permiten los pequeños platillos, y concluye que le convendrá salir con la cabeza baja y seguir con su actuación de avergonzado por su conducta con el alcohol.

Aquí va mi primer jugada, moveré mis hilos para que vea la imagen que tanto ha esperado, porque el alma de Julián lo desea, y yo no puedo ser indiferente de esas peticiones. Quiero que su sombra se detenga, que dude si es por las copas encima, y que mi plan se lleve a la perfección, porque también quiero divertirme. Es una noche extraordinariamente atractiva y vívida en la que por primera vez Julián concibe qué va de la mano con él. No existe nada más profundo que un deseo proporcionado de poco en poco. Uno debe siempre de saber cómo dulcificar su presencia. Si Dios desapareciera todo el tiempo, nadie creería en él. La ventaja de la maldad es que no se necesita mucho para tentar.

Son las tres de la mañana, y lo que ve Julián es el techo de su habitación. No puede dormir. La luz de las estrellas del cielo y la luz de la lámpara de gas se funden y forman un eco, la una a la otra, con el fin de iluminar minúsculamente cada rincón. Se siente como un desembarque que fue abandonado a su suerte. Es imposible que le hable a algún amigo, todos a esta hora yacen dormidos. Por eso, cuando siente los primeros rayos de sol, su mente lo muele con preguntas: ¿qué rayos acababa de pasar? ¿Estoy bien? ¿Lo volvería a hacer?

Son muchas preguntas que, lamentablemente, le corresponde contestar a él. Yo sólo juego el papel de cómplice. Pero él ha descubierto los sinfines de las puertas de mi hogar, el infierno. Para su asombro, descubre que el sitio no resulta oscuro como en las películas, series o mitología. Le han vendido cómo era. Sin embargo, no se trata de un sitio oscuro, sino de todo lo contrario. Es deslumbrante, pues lo impregnan rayos rojizos de una luz cálida. Se siente vivo, pero a la vez roto, una sensación bastante común entre todos los que me visitan. Le gustaría tomar fotos de su propia cara, con una mueca tan forzada que representa que tiene rota el alma.

Después de una infinidad de horas esperando escuchar algún percance nocturno, piensa en las cortinas de su habitación, cómo ni siquiera había tenido oportunidad de cerrarlas la noche anterior y cómo la noche oscura con luna llena se lo había atragantado. Extraña a su madre, sus cálidos brazos a su alrededor mientras su padre le aconsejaba cómo actuar. Extraña a cualquiera que pudiese sobrepasar sus alternativas, que lo pudiese aconsejar. Tiene un hambre profunda de que sus sueños sean devueltos. Por supuesto que sería razonable que él consiga al menos algunas de las cosas que más le apetecen, eso sería lo correcto por mi parte, que sólo por una sola vez, no se sienta con el vacío interno, porque desde su nacimiento ha notado que toda su vida se sentirá insatisfecho con cualquier cosa que intente. Él es testigo de cómo en la vida las leyes del mundo no afectan a unos cuantos.

Se retuerce su mente cuando reconoce que, en manos de algunos, los frutos son siempre bendecidos, que sus tiempos son más dulces que amargos. No basta con que Julián haya memorizado los consejos de su padre para ser considerado buen chico, como ser siempre responsable de lo que saliera de su boca o hablar pausado para cuidar sus palabras y, por ende, sus actos. No basta con que nunca olvide aquellos consejos, no como los

otros que iban por la vida rompiendo e hiriendo con letras, palabras o actos. No, Julián lo supo muchísimo antes de que se lo enseñaran, desde la primera vez que cuidó ser buen chico con los miembros de su familia y vio cómo sus primos, que eran terriblemente descorteses, resultaron ser los bendecidos. Para cuando su vida se forjó en la desdicha, su punto de inflexión se marcó cuando él resultó elegido entre toda la familia como *el favorito* de su tío, porque era el niño obediente, el que confiaba, el que sabía guardar secretos. Su desdicha duró cinco años hasta que aquel hombre de cuarenta años soltó el último respiro. La muerte lo exoneró y jamás pagó por su daño.

Julián repara el camino de sus pensamientos cuando se muerde la lengua tragando saliva. Cuando sus pensamientos lo conducen a sus difíciles memorias de la infancia, le gusta hacerse daño para omitir esos años de vida. La expresión de dolor dentro de su boca no le resulta suficiente. Siente la fuerte presión de sus uñas contra la palma de su mano. El pulso late contra su mano, al mismo tiempo que su rostro se libra, por fin, de todas las viejas expresiones que la memoria le estrella sobre el cuerpo. Suelta la mano. Vuelve a dejar ir ese dolor y esa furia. El frío sudoroso atravesaba la pared hasta su cama. Después del silencio, la curiosidad lo motivó para apoyar el dorso desnudo de su mano contra el marco de su ventana, el pensamiento de levantarse de la cama y fumarse un cigarrillo lo sedujeron más que su dolor. El crujido de la cama de madera murmuró mientras se daba por vencido por otra noche perdida, por el maldito recuerdo que no lo dejaba.

Él se encuentra detrás de su puerta preparado para salir. Corre a la esquina, y yo lo sigo porque sé que necesita conseguir una copia del periódico del día. Hoy se encuentra principalmente alentado por la pasión de su corazón, menos mal que un gramo de culpa lo invade y me permite querer estrecharle el

alma. No te arrepientas y continúa, Julián, que tu punzada tiene razón para tener fe.

Va caminando a un paso apresurado mientras siente el frío aire colarse por sus pulmones, le gusta la sensación de los olores naturales del suelo. Siente cómo los músculos de las piernas se estiran y esfuerzan por mantener el paso apresurado, un ojo le brinca y sonrío como antes nunca lo ha hecho. Cuando mira que el dueño del puesto de periódicos avienta su cigarro al suelo y lo aplasta con la suela del zapato, a un lado de los paquetes del último número, su voz lo confiesa.

—¿Tiene algún ejemplar de ayer? —pregunta al señor que seguía mascando un poco de tabaco que traía atorado en las encías—. Hay un reportaje de la boda de un primo —agrega en tono justificante de su pecado y no queriendo levantar sospechas.

El señor le responde que se han vendido todos, y que es imposible tener uno, ya que un nuevo asesino en serie estaba en la ciudad y a todos les había llamado la atención tal suceso. Se siente profundamente decepcionado, así que da las gracias lo más serio que puede. El hombre le dice que es una misión imposible, todos los ejemplares que se quedan son destruidos, manías de periódicos, se disculpa. No hubo de otra, nos maldijo. Ya es una costumbre maldecir al diablo.

Fedonía se presenta en la oficina. Nerviosa y conmocionada, camina lentamente con la barbilla en alto. No da ni diez pasos cuando comienza a recibir felicitaciones de todas las personas del periódico. Por el modo en que alargan las frases, no pudo saber si lo dicen de manera espontánea o si es un ensayo de horas antes. Hubo ventas récord, incluso fue citada en televisión. La mayoría de los comentarios de felicitación sobre su nota se centran en el mismo eje: su originalidad. Se siente, por

fin, satisfecha con su trabajo y decide tomarse un respiro de lo dura que suele ser consigo misma. Fedonía esboza una sonrisa de humildad y ladea su cabeza a todos en un gesto de agradecimiento.

Gabriel la mira de reojo, mientras babea por ambición. Se felicita porque, después de todo, tenía razón. Rogelio calma a todos y ordena que continúen con el trabajo, no es que no estuviese sorprendido que a la primera nota de una novata se llenaran todos de altas expectativas, sino que tiene una realidad más clara: un éxito no es la vida. Claro que, cuando son nuevas, las ovaciones son largas, pero el verdadero talento no es haber llegado, sino mantenerlo; así que mostró su pequeña boca entreabierto lo suficiente como para verle los dientes, unos demasiado blancos. Le da por gritar un poco más para calmar a todos. Así que el silencio y el tecleo continúan colmando todo el ambiente, dejando a la pequeña muchacha con la boca abierta, pero sin emitir ningún sonido.

Rogelio fija su mirada hacia la oficina, en dirección a Fedonía, que sigue sonriente, aunque su vista no va dirigida a la muchacha, sino a su visitante. Toma paso apresurado mientras alisa su corbata.

Los ojos de ella buscan esa sensación de ser observada, por lo que voltea la mirada de un lado a otro. Para cuando enfoca hacia la figura de un hombre con un traje de vestir a la medida, pero lleno de pliegues y arrugas, comienza a crecer una frescura en las marcas que se había producido ella misma al morder su labio superior. Sus ojos se conectan. La mente de Fedonía queda en blanco. No ve en aquellos ojos entendimiento; no obstante, en su boca, que se mantiene abierta, advierte algo familiar. No es en su piel perfecta o en su nariz terriblemente perfilada o en el tono de voz con el que menciona y ríe frente a Rogelio. Es en su modo de comportarse. Advierte, casi con naturalidad, que ante los gestos que van emergiendo bajo aquella máscara

perfecta de piel, su cuerpo se mantenía alerta, casi dispuesto a salir corriendo.

—Fedonía —la voz irrumpe sus pensamientos. Es Rogelio, quien se encuentra sonriente, llamándola con una voz que sólo utiliza cuando calma a sus *rottweiler*. Cuando la muchacha apenas se acerca continúa—. Querida, te presento al heredero de los Molina —suspira, ha intentado despertar el interés en la muchacha, pero olvidaba que no hay creatura más igualada que la que tiene enfrente. El dinero no la sorprende, mucho menos las frases hechas. Eso la mantiene siempre fuera de problemas. Todos piensan que a lo mejor es que no le interesan o que es tan astuta como un zorro para alejarse de las trampas, pero nada mejor que ser distraída para no percatarse de los juegos verbales que impone la sociedad—. Ha venido porque, por descuido, no ha conseguido el ejemplar de ayer.

—Creo que podría intentarlo en los almacenes de los comercios más grandes —dice sin mucho ímpetu, y en un casi imperceptible movimiento alza los hombros.

—No lo entiendes, querida. Dado que es hijo de uno de los hombres más relevantes de la ciudad, me he tomado la libertad de mencionar que te has quedado con al menos cuatro ejemplares, mi pregunta es la siguiente: ¿le cederías uno al hijo de uno de nuestros mayores proveedores? —se limitó a llenar la taza del muchacho y a poner las orejas como cerdo para escuchar cualquier expresión de desagrado para fusilarla con la mirada. Rogelio tenía diplomacia, de aquella que se puede confundir fácilmente con un lamebotas.

Fedonía contesta que sí, mientras piensa que sus copias de seguridad se verán reducidas en número. Su voz suena decidida, pero su mirada se encuentra perdida en la extraña sensación, al tiempo que Rogelio se da cuenta que ha comenzado a frotarse la oreja desesperadamente por ansiedad.

—Están en mi cubículo —dice mientras se levanta para ir por uno, sin embargo, el hombre de traje la irrumpe y le comenta que va con ella, por aquello de las molestias. Es la primera vez que lo mira enfocando completamente en cada uno de los pequeños detalles que tiene, pareciera que lo está examinando, aunque es sorprendida por el color de sus ojos. Ambos se sonríen y caminan lentamente por el periódico, mientras la muchacha sigue con una mirada grave.

—Dime, ¿de dónde vienes? —pregunta el muchacho con una voz tan grave que suena al ronquido de un león.

La boca de Fedonía se abre varias veces antes de pronunciar que viene de un poblado cercano a la capital. No entiende por qué con la presencia de ese hombre la palabras se le atragantan en la garganta: comienzan por un camino recto desde su cerebro, pero antes de salir por la lengua se le juntan en los sitios equivocados y se tropellan entre ellas.

—¿Por qué este ejemplar? —pregunta siguiendo el rumbo de sus pensamientos que la llevan a analizar cada uno de los artículos que hay en la edición. Aunque el cuerpo joven y limpio que la acompaña pertenece a la actualidad, ella presiente que el pasado está presente, como si la consciencia le gritara que hay algo extraño, como si en su tono de voz existiera algo distinto, algo más antiguo, como si de un libro amarillo por el tiempo se tratase, esa sensación de apolillado, frágil y amarillento. De alguna extraña manera, como si oliese a muerte. Se retiró un pasador del cabello, nerviosismo por primera vez mostrado al ver que el joven abría los ojos por completo.

—Le he comentado a su jefe que refiere la fiesta de graduación de uno de mis primos —contesta encantador, envuelto en una aterciopelada voz tranquila—. Pero es por su reportaje —no da un paso más—. En realidad, sólo puedo darle felicitaciones por tan pulcro trabajo, me gustaría presentarme con usted, quizá me pueda llamar Julián —le extiende la mano y ella la

toma ignorando sus dudas. La tentación es más fuerte de lo que puedo soportar—.

Hacen clic.

Yo se lo advertí.

Mientras el diario de *Las esfinges* continúa hablando sobre la devaluación de la moneda, de los puentes peatonales, atropellados y virus circundantes, Fedonía parece ausente, tanto que pareciera que todos han olvidado el logro de hace una semana. Ella sólo asiente inmóvil a un lado de Gabriel, cuando se les pide que se dediquen a otras cosas, no pueden negarse de todas formas, así que acuden con educación y en una manía extraña que parece que ambos han sido poseídos por la terrible gripe de la sumisión, ninguno de los dos lo menciona, pero sus ojos lo claman, esperan que haya otra lluvia de palabras y, por ende, una clase de culpa de rogar al cielo porque alguien tenga el peor y último día de vida. Esperan que Vinci vuelva a la acción. Pero no sucede nada y la chispa en los ojos de Fedonía va de nueva cuenta perdiendo el interés. Piensa que su mensaje no ha llegado claro, se decepciona, pero no permite que le afecte, aunque la ansiedad se va presentando poco a poco y le arrebató las pocas veces de calma que logra al dormir.

Es mediodía cuando llegan al nuevo atraque de autobuses. Están exhaustos y sedientos, pues tuvieron que caminar cerca de dos kilómetros para llegar a la zona. Esa parte de la ciudad es tan caliente como un carboncillo. Fedonía mete la mano en su bolsillo y nota que sí lleva cambio para comprar al menos una botella de agua. Su situación financiera no ha mejorado pese a todo, y había tenido que aparentar que todo estaba en orden,

no podía pedirle ayuda a nadie sin humillarse. La mayor parte del líquido resbaló por su garganta. Para cuando levantó la cabeza vio cómo una mosca rondaba su cuero cabelludo que había adquirido el brillo grasoso por consecuencia del sol. Cuando levantó la mano para apartarla, se le congeló como si un rayo la hubiese partido. No supo explicar por qué le perdonó la vida a aquel insecto. Se había convertido en una mujer que era aterrada en las noches por sus propias sospechas.

Julián aceptó mis consejos y decidió esconder todas las demás hojas del diario tras una maleta que guardaba en el desván. Eran basura, pero como fanático de limpiar un par de copas de vino que se opacaban con el jabón, resolvimos que no se tirarían hasta debido el momento. Las guardaría por si acaso. Por su primer recorte no había que preocuparse, seguía igual de solo como yo. Sin embargo, sí tendría que mantener el cuaderno recién estrenado en algún sitio secreto, porque al final había llamado la atención de varios vecinos de su edificio que lo vieron llegar acelerado y casi excitado. Cómo querrían averiguar su vida a raíz de eso, estaba seguro, y yo también. Nada da más curiosidad al ver a una persona feliz que sus razones.

Con total seguridad, esa tarde pasamos leyendo todas las palabras que describían nuestro arte desorbitado, y en la fotografía que había acompañado el texto, aparecían los dos ángulos, un poco censurados, pero al fin y al cabo había logrado capturar la gran inocencia que resplandecía en la redondez de las mejillas, de cierto modo que Fedonía había logrado describir a la perfección. Quizá él no se habría dado cuenta de todo lo que abordaba su psique, no hasta que lo leyó en las palabras que ella escribió, quizá porque ella se veía reflejada en esa escena. Como si supiese que ella vivió con esa expresión, donde la

misma inocencia que, ahora perdida, le indicará el camino con migajas de pan, para reconocerla donde fuese. Como si se tratase de una expresión previa a la experiencia de la realidad y al golpe de la vida. Hay que decirlo, el poder de verbalizar los sentimientos los ha esclavizado como humanidad.

Después de mucho tiempo, por fin Julián se siente feliz, por primera vez feliz. Sus ojos junto con los míos habían brillado cuando comenzamos a pensar en el siguiente. No ha salido de su departamento ni siquiera para buscar la cena, quiere disfrutar un poco de su travesura mientras me acerca cada vez más. Y yo lo tiento, porque amo verlo con esa sonrisa, se le ha metido una idea que apruebo completamente, porque el arte comunica, expone, así que decide que quiere mandar un mensaje a Fedonía, quiere ponerla a prueba porque no puede ser tan perfecta, le tocará a ella ahora lograr describir algo más salvaje, y que, con la atención antes recibida, no levante sospechas. Es un alma que ha vuelto a nacer.

Él nota la química que produce en ella, por lo que no se arrepiente de haberse acercado con la verdad. Lo que nosotros los pobres diablos sabemos mejor que nadie es sobre la perversidad y sabemos quiénes combinan con ello. El rojo es un color que muy pocos sabemos portar.

Esta noche salimos. Nos acogió un clima variado, unas nubes color púrpuras mientras la luna salpicaba rayos de luz. La nariz de Julián comenzó a picar y seis estornudos salieron disparados en cadena. Después de componerse, miró cómo un conductor de coche estaba de pie con un porte majestuoso y glorioso, casi como un guerrero predispuesto a luchar por las razones equivocadas. Dudó un poco, mientras a lo lejos veía a un viejo pastor alemán. El perro se acercó vigorosamente hacia donde estábamos, y ladró frenéticamente durante un par de segundos. Como si aquella bestia pudiese sentirme, como si su

odio más profundo lo proyectara en él. Como si el gran padre quisiera alejarnos.

Fedonía sale del trabajo. Toma el transporte colectivo. Ya ha dejado de pestañear con un tic nervioso a raíz de su ansiedad ya consumada. Ahora se rasca el esmalte de uñas, tratando de concentrarse en una sola cosa. Echa un vistazo a la ventana notando un bulto negro. Se da cuenta que es una mosca que la observa con sus globulosos y rojizos ojos. Muere de náuseas. Nota cómo el insecto mueve las patas como si ideara un plan macabro para colarse en algún espacio personal de ella. Retira la vista para negar su existencia como muchos otros hacen, pero no sucede nada. La mosca sólo espera.

Distrae su cerebro mirando en su teléfono. Sonríe y el corazón como flores de encaje se arruga sobre su pecho. Ariel le ha marcado más de una vez. Decide regresar las llamadas para escuchar la voz de un hombre energético. Siente el sudor manchando la pantalla del móvil cuando percibe a la mosca pasar por encima de su cabeza. ¡Imperturbabilidad!, necesitaba tranquilidad para mantener la mano firme y que ese hombre no escuchara su voz temblorosa.

Escucha que aquel hombre le dice unas cuantas palabras. Ella al final accede a todo. Así de incongruente es, pero así son todos. Crean máscaras de cera sobre su piel. Toma el taxi para encontrarlo. Lo saluda como no queriendo dejar el corazón en aquellos labios y lo escucha hablar toda la noche. No sabe si es amor o conformismo, pero lo invita a ir a su departamento para seguir la plática. Es una mujer enamorada que sabe que no existe futuro al lado del hombre que eligió, aunque disfruta el momento, alejando el pensamiento de que aquél sólo la usa. Ay, Fedonía, yo no inventé el amor entre ustedes. Si tan sólo me veneraras a

mí, sabrías porque no ha salido de mis manos. No tengo intención alguna de convertir la Tierra en ningún infierno.

A las tres de la madrugada él se viste y la deja *durmiendo*. Ella lo mira marcharse mientras reflexiona rápidamente sobre la situación, ¿ya había tenido suficientes experiencias sobre lo que no quería?

—Múdate conmigo —dice mientras su corazón resuena en su pecho. Ariel suelta una risa poco varonil y le besa la mejilla. Sale de la casa.

El café frío en la mesa se menea un poco por el golpe de la puerta. El crujir de los periódicos matutinos sobre su puerta la distrae del ácido sabor de boca. En la calle comienza a flotar una densa nube de neblina, que indica que será un día soleado. Así lo designo yo, hoy hay un concierto dominical que debe cubrir en su paseo matutino. El fantasma del anhelo se hace presente cuando comienza a fantasear con otros ojos que recién conoció. Entonces Fedonía comienza la búsqueda del nombre correcto. Yo la observo nítidamente mientras espero que diga en voz alta el nombre de la familia Álvarez. Así me elegiría, pero de sus labios sólo sale el nombre de Julián. Decide que esta vez ella hará las maletas, pondrá todo lo que ella desea de dignidad y amor propio. Se marcharía. Se dice una y otra vez como para adueñarse y apropiarse de la idea. Piensa que, seguramente, si hablara y expusiera lo que estaba viviendo, cualquiera le llamaría idiota. Por eso lo mantenía en secreto. Había nacido así, y su madre también, y la madre de su madre también. Pero no quería seguir con la tradición.

Fedonía respira hondo y suelta el aire de poco en poco. Responde con mucho dolor que ya le dolía la doble vida, la mentira le florece. Hay muchas preguntas en su cabeza que ha estado posponiendo. No hay nada peor que no ser honesto consigo mismo. Y el hecho de que el trabajo le complicase más la existencia hacía las cosas más difíciles. Enseguida negó con la cabeza

mientras abortaba la idea, sólo tenía que ser paciente. Todo mejoraría. Seguramente ahora imagina que anda deseosa de que alguna persona allá afuera en el mundo sufriera a manos de un loco psicópata para que ella logrará alimentar su ego, pero el sueño la vence por fin, y así la trampa que formularon dos de mis desterrados se abre con estrepito. El buen comienzo se alejó. Ya no me salen criaturas como Job.

Finalmente, Fedonía suspira y reza porque mañana sea un mejor día... Pero no lo será, no lo será. Tengo un hijo que es como un niño pequeño, no sabría decir si la última vez que lo vi esbozó lo que podía ser una sonrisa o una mirada de dolor. Y sé que comienza a jugar un juego.

Son las nueve y Fedonía entra corriendo al edificio. Se quedó dormida por apagar la alarma tres veces. No quería despertar porque le dolía ver su realidad. Qué difícil es despertar cuando se tiene el corazón roto la noche anterior.

Al llegar, observa cómo todos están mirando hacia la ventana derecha del edificio, pero decide ignorarlo, lo que menos quiere es volverse a encontrar con alguna persona que le pregunte sobre lo que vio —por milésima vez— y recibir sus halagos hipócritas sólo por el morbo que la nota sugiere. Comienza a darse cuenta de que quizá será presa de sus palabras. Sin embargo, le duele la cabeza como para pensar en todo aquello. No es que fuese ególatra, aunque sí lo era. En realidad, ella no se siente cómoda hablando sobre aquello, ya sea porque la fuesen a tachar de loca demente o porque esa pulsación extraña de deseo se le despertaba y los perfiles bajos siempre son mejores.

No es bien visto que una damita se fije en esos temas, Fedonía, ten cuidado con los degenerados. Ellos piensan otras cosas, unas muy diferentes a ti. No le toma mucha importancia a todo el tumulto que se acerca y se cierne en un punto, quiere acabar las notas de ese día para salir y estar en paz. Ha encontrado una forma de distraerse: toma una pluma de su escritorio

y le da por dibujarse unos garabatos en el antebrazo, a veces, y dependiendo del estrés, la punta le pica la piel. No sabe decir si le despierta una sensación agradable o le trae malos recuerdos. Dibuja rayas una y otra vez, hasta que la voz detrás de unos cristales le ordena el siguiente movimiento. Así que sale con Gabriel por la puerta de frente, y se dirigen al ayuntamiento. Al llegar, miran lo de siempre, un montón de masa de gente que protesta. Lo primero que recalca con la mente es que el corazón de un periodista siempre debe estar hecho de acero y no emocionarse de más, pero tampoco perder la humanidad de estos actos. Aunque estén condenados a verlos repetirse en más de una ocasión.

Su paz interna se ve alterada cuando escucha su celular sonar como desquiciado. Es Rogelio quien le grita con un tono alarmante. Ella escucha, con los ojos en blanco mientras suspira, el grito de su jefe.

—¡Te necesito aquí y ahora!

No tenía fuerza para contestar, su cuerpo y su conciencia estaban perdiendo el divorcio. A la salida un poco urgente del edificio, Fedonía pone a prueba los nervios de Gabriel. Realmente no está interesada en recibir otro regaño, así que con calma se va a saludar a un hombre que se encuentra fumando ante la puerta. Está calentándose un poco entre los rayos del sol mientras frota una de sus manos con su pantalón.

—¡Qué especial viene esta primavera! —comenta con cierto asombro—. Viene un poco adelantada, ¿será por el cambio climático o un presagio?

Ella sonrío con vergüenza. Le da vueltas un poco la cabeza, pues el hombre exhala el humo directamente en sus fosas nasales. Pero no puede no aspirar el aroma.

—Mi padre siempre decía que las estaciones que son particularmente especiales presagian circunstancias especiales.

Resulta evidente que Julián quiere poner a prueba a Fedonía, ver si ella es digna de su confianza. Debería de haberlo

sabido. Ella menea la cabeza como en busca de aclarar sus pensamientos, para continuar con la plática y apartar la idea de que ya es una huérfana.

—Bueno, Fedonía, nos veremos pronto.

Se despide con la mano mientras se aleja caminando a pasos agigantados. Gabriel, quien se encuentra como espectador, siente que ha quedado liberado un momento en el que un mundo nuevo nace. Pero guarda silencio como buen cómplice y porque no entiende del todo qué ha sido ese diálogo sin sentido. Por lo que saca chistes sobre la relación del jefe con la nueva editora.

—¡Imagínalo!, así incluso alguien con una pinta como la de Josefa puede hacer ganar a Rogelio millones, controlando su mal genio, es un ganar ganar —le explica a Fedonía, y se burla.

La idea es tan pintoresca y graciosa que ella también se echa a reír. Los dos se parten de risa. Por supuesto que sabe que no está bien burlarse de ese modo, pero no quiere hablar del tema con Gabriel. Este día recién comienza y ya tiene que enfrentar a un jefe que, por alguna razón, le ha gritado desde la mañana. Siente que su mera existencia es causa de recelo por parte de Rogelio. Y no se equivoca.

Al llegar, siente un poco de culpa —al menos— por desear que una persona inocente caiga en las manos de un asesino o asesina serial que juega a ser artista. Se justifica que ya no quiere vivir así, pero al final es su pluma la que le reclama. Está harta de seguir jugando a la reportera todos los días, como si de verdad le interesara la volcadura de un tráiler, las ventas de nochebuenas para la navidad, la historia del señor que pierde al perrito, la de un asalto más en el transporte público o la del político que en la tribuna se lanzó a los golpes. Se cuestiona sobre el periodismo que no trasciende, sino que normaliza lo que jamás debe normalizarse. Pero así son mis criaturas que juegan a soñar y a pensar. Se engañan sobre el control que pueden aplicar a sus vidas.

Rogelio camina de un lado a otro como fiera. Deja las puertas abiertas de su oficina y espera a que sus ojos se encuentren con los que busca. Al mismo tiempo, bufa una y otra vez. Hay tantos papeles por tirar sobre su escritorio, pero no puede concentrarse. No podría tocar esos documentos sucios y viejos sin tener que ir varias veces al baño a lavarse las manos hasta los codos. Es un ciclo interminable, porque volverían a ensuciarse en cuanto tome el siguiente periódico. Y no quiere distraerse. No piensa en nada más que en los celos que comienzan a apoderarse de sus tics de nerviosismo.

Después de pasar un par de minutos más, su ira se ve casi doblegada cuando mira la silueta elegante de Fedonía y la llama mientras asiente. Piensa que, aunque no sea por el buen trabajo, Fedonía siempre le llevará una ventaja. Es bonita. Por supuesto que habría sido más razonable despedirla para quitársela de encima, pero no quiere soltarla. ¿Darle la oportunidad de buscar algo mejor y permitir que lo entierre en ese empleo interminable? No.

—Llamó Julián, el hombre de hace unos días, parece que le caíste muy bien —se burla un poco—. Pidió que enviara un equipo —por alguna razón, Fedonía no lo ve a los ojos—. Había pensado en enviar a Roberto y Timothy, pero me pidió que fueses tú con el fotógrafo de siempre. Es la cobertura de un evento que realizó, algo así como una galería de arte. Le gustó como describes —alza los hombros.

—Yo no cubro esta clase de eventos y...

—Créeme que lo sé. Intente explicárselo, pero el caballero es... —pausa unos segundos— es muy persuasivo —piensa un poco mientras duda entre decirle a la muchacha la verdad o quedársela para sí mismo—. Quizá te quiera agradecer de otra forma —carraspea su voz, por lo que Fedonía sale de su oficina. No, tonta no es, pero siempre comete el error de concluir antes de tiempo, y ante las posibles insinuaciones que vulneren

su trabajo y que la coloquen como mero objeto sexual, prefiere evitarlas, porque sabe que se le sale el diablo que lleva dentro.

Gabriel se aproxima como siempre, con una sonrisa en la boca. La saluda alegremente mientras ella sólo camina. Los dos salen del edificio y Fedonía por fin mira por qué tanto alboroto en la mañana: dos niños se golpeaban en la vía pública y que ahora están siendo arrestados por un agente de policía. Vaya espectáculo. Cómo me divierte observar este caos humano. Fuera del edificio del periódico, unas grandes grúas se mueven con ímpetu silencioso y de manera lenta. Fedonía se siente como un pequeño pez dentro de una minúscula pecera incapaz de alumbrar los límites entre el cielo y la tierra. La ponen de malas los objetos amarillo chillón, pues cree que son colores que intoxican la vista.

Por decisión propia, decide regresar a su casa para estar presentable. Hay una clase de lógica que la convence por completo que esa noche se vería guapísima, aunque cuando se mira en el espejo lo hace sin sonreír. Otra mosca revolotea perezosamente en la habitación, pero esta vez Fedonía ni se inmuta ante su presencia. Trae un vestido que le cae torcido hasta la cadera. Del lado izquierdo el dobladillo más alto, a causa de una arruga por la parte de atrás, pero era su porte el que siempre le daba el aire grácil y delicado. No paraba de pensar en la mirada profunda que Julián le había dado; alucinaba con tener una pareja estable que le demostrara que sí la quería. Dejar de vivir de migajas. Al fin y al cabo, el muchacho había planificado todo desde que se lo había encontrado en la mañana. Suspira emocionada viendo aún su reflejo. Y como si la idea le rondara por la cabeza desde hace mucho, se da cuenta de lo silenciosa y solitaria que era su casa. Sale cuando el timbre suena.

La apuesta imagen de Julián flameaba mientras esperaba en la entrada, vestía un elegante esmoquin con una tela de fondo rojo y con la mirada fija en el futuro. Sujetaba un maletín junto a su pierna, porque dentro había un objeto que amaba, su arma

favorita y la protagonista de aquella noche. De buena gana le echó un vistazo a Fedonía, quien tuvo que apretarle un poco el brazo para alentarle. En ese instante se da cuenta de que Julián no la había mirado a los ojos ni una sola vez, y con justa razón, pues las pestañas de ambos se humedecen por la añoranza y el deseo produce que una pequeña vena les lata dentro del parpado. Lo hacen, se ven.

Todos los que conocen a Fedonía, piensan lo mismo: mujer, adicta al trabajo, recatada, mala jefa, mojigata y sin corazón. Nadie conocía a Ariel, porque ella jamás habla de él. A ella obviamente le hubiese encantado poder presumirlo, es un chico que, aunque menor que ella, brillante. Había sabido destacar, simpático, guapo, terriblemente inteligente, calculador y pasional en sus tareas; el único defecto que tenía era que, como Barba Azul, no se conformaba con una. Por lo que las tenía a todas, incluyéndola a ella.

Leerle unas cuantas veces en el parque, llevarla a cenar, beber un par de cervezas, quitarle cabello de la cara, sonreírle tiernamente, cuidar de su integridad al recorrer largas caminatas bajo la lluvia para dejarla en su casa la han conquistado. Y de qué forma, ella está ahí, y seguirá allí. Ambos lo saben. Aunque ella buscara una forma de escapar, con Ariel tiene algo propio; más allá de él, no tiene nada. Además, Ariel es experto en comportarse con las personas que le convienen, es capaz de dar el apretón de manos perfecto, ni muy flojo, ni tan fuerte. Sabe agradar a todos.

Qué terrible es cuando las personas se convierten en nuestros secretos. El silencio es un cómplice de doble filo.

—Señorita, qué maravilla que Rogelio sí le avisará que era invitación y no trabajo —le sonrío con su sonrisa perfecta. Julián tiene una tez blanca, un poco grisácea/amarillenta que combina a la perfección con las partes rosadas, como los labios o las ligeras pecas de su rostro. Es un ángel. Y quizá sí lo era...

—No, no me dijo nada. Pero lo deduje.

Fedonía tiene unas ganas enormes de avisarle a su cuerpo que responda con naturalidad. Pero, al contrario, sus movimientos son torpes y mecánicos, casi como si sus articulaciones estuviesen estropeadas. Se estruja el cerebro, o, mejor dicho, lo escurre para recordar cómo coquetear con alguien.

Se quedan en silencio un rato mientras sus miradas se desvían. Él sigue imaginando su escenario. Los ojos de Fedonía empiezan a enfocar: primero, la dulce alfombra bajo sus pies, una lámpara de luz amarillenta, otra más, y luego poco a poco se van centrando en objetos más lejanos sobre el pasillo. Ambos deslizan la mirada de nuevo al suelo, postrándolas cada uno en sus propias manos. Pero es él quien rodea su brazo sobre el cuerpo de ella. Un rubor de sorpresa aflora sus mejillas, junto con un estupor mezclado con algo más, como si su cuerpo le alertara de algo. ¿Quién no se aparta cuando su sexto sentido le azota en la cara? Fedonía sonríe. Es una mujer distraída, sí. Comienzan a caminar hacia el sitio.

Julián, entonces, vuelve a levantar la mano que tiene libre y procede a darle un pequeño, pero muy intenso, pellizco en la parte trasera del cuello, sobre el cabello, como un chef que se prepara para degollar a una gallina. Fedonía lo mira confundida, ignorando que la muerte acecha en el aire a escasos centímetros, pero el cuerpo del hombre sigue impassible y encantador. Ya están próximos a llegar cuando Gabriel entra, rompiendo la tensión que se estaba formando, pero sabe entender ese largo y ruidoso silencio, que procede a levantar las puntas de los pies y girar con su cámara a otro sitio.

—Me gusta un poco el arte, por eso organicé esta clase de galería. Además, me pareció una buena forma de agradecerle por mi periódico. Pensé más tarde que algún familiar se quedaría sin una copia, es una pena que en la actualidad sólo se impriman unos cuantos ejemplares en físico —rompe el silencio, por fin.

—No fue nada, en realidad. Hoy en día es muy difícil que esos ejemplares terminen de venderse. Sólo nos compran para la tarea de los niños en la primaria, el mayor contenido está en la red.

—Pero este número tuvo lo que los otros no.

—¿Disculpe? —la sorpresa invade el sonido de la voz de Fedonía.

—A usted.

—Muchas gracias. ¿Sabe?, a la mayoría les gustó el nuevo estilo —le dice Fedonía con la voz de nueva cuenta atropellada.

—En realidad, no —hace una pausa—. No se me figuró una configuración apropiada para usted.

—De la vieja escuela, ¿eh? —Así es Fedonía, no deja ver que se había tomado las cosas personales.

—No me refiero a eso. La nota era bellísima, pero era plenamente informativa, descriptiva. La admiro por no caer en la morbosidad de la crónica roja, pero no puedo negar que se le podría comparar con una, pareciera que usted la estaba admirando; por eso mismo me atreví a invitarla hoy, a mirar.

—Oh.

—Verá, soy un hombre al que le gusta la justicia. El hecho de dónde provino su fama efímera me alarma. Es verdad, describió el suceso como si se tratara de una obra de arte, y ciertamente el lector se encontraba en esa misma faceta, de admirador. Sin embargo, el hecho no dejaba de ser lo que era: un asesinato. Pero tiene buen ojo, aunque debo admitir que no soy superficial. Logró ponerme a pensar, casi salgo a la calle a buscar al maldito.

—Debo ser sincera, no me he acercado a las críticas de lo que escribí. Tengo claro que muchos ejemplares se vendieron y hasta la plataforma invirtió en hacerle más publicidad. Pero no soy tonta, tuve que pensar qué intención tendría detrás. Si era malo y morboso caería a ese vacío sin retorno. Y lo que quiero

es que al leerlo sientan esa admiración, no por el acto, sino por la facilidad que el homicida tuvo para cometerlo, ¿me entiende?

—Entonces ¿a usted también le gusta la justicia? —ella asiente—. Bueno, si me lo permite, me gustaría decirle que tuviese cuidado. No a todos nos gusta darle vueltas a un asunto, la mayor parte nos dejamos llevar con lo más inmediato. Usted y una pluma, se pudiese pensar que no representan un peligro grande; pero, si lo piensa un poco más, sus palabras pudieron haber inspirado a quien fuese que hizo estos actos.

Tras aquel comentario, ambos dejan de respirar por unos segundos para prestar atención a cualquier seña que, inconscientemente, pudiesen lanzar. No hubo nada. Ambos saben mentir a la par. Menos mal que el temor es el único limitante que tienen por separación, y vencerlo es de las cosas más complicadas, porque más fuerte que el amor, es la desconfianza, el temor a mí.

Comienzan a mirar las fotografías de la galería, comentan alguna y otras las miran. Fedonía bebe vino y mira de un modo distinto hacia el hombre que tiene a un lado. El miedo comienza a ya no hacerla presa, pero todavía lo siente igual que un viento frío que la golpea sólidamente.

Demonio y hombre tienen talento natural. Al terminar la velada, no hay más adrenalina. Ella sonrío y advierte.

—Dicen que los buenos lectores saben leer a las personas, usted es un buen libro...

Julián sonrío mientras la encamina a una sala donde hay tres cuadros de arte renacentista y unas cuantas esculturas de metal que afloran los pasillos. La mayoría de los asistentes se aglomeran en las salas anteriores. Mientras Fedonía se pierde en los exquisitos caminos de tierra y de textura suave que se muestran en cintas sin fin, anudadas y torcidas, repletas de flores, escarapelas y frutos, teñidos de colores oscuros. No se percata cuando el muchacho coloca el maletín sobre la banca y lo abre

para mostrar el metal. Saca el objeto con sumo cuidado. Enfoca con un menester sorprendente y, sin que Fedonía se dé cuenta, suelta el disparo.

Es una noche extraordinariamente atractiva. Los asistentes continúan explorando y descubriendo las piezas en exposición. Hombro con hombro, el amor y la revolución se van fundiendo uno a uno. Las luces tenues de la galería fungen y brillan como ojos furtivos, mientras en los ecos de la razón se implora mi presencia. No quiero escuchar el resto. Sé que mi hijo está detrás de todo. Así que prefiero escuchar a una cuadra, en la capilla de un hospital, que temen de mí.

Aquella mañana, Josefina ha organizado un foro con el titular de una secretaría estatal, para planificar una serie de columnas con aspectos de difundir el trabajo de aquella administración. Eso sumará apoyo económico al periódico y una jugosa recompensa por la labor de difundir su nombre en las esferas políticas. La puerta de cristal del museo se abre a primera hora. Comienzan con la instalación de las lonas y flores que adornarán el recinto. Es un espacio público precioso, en muchas de sus habitaciones hay columnas con incrustaciones de cristal que lo hacen parecer sofisticado y con un aire de misterio. El sitio es conocido como el Palacio de los Espejos, pues, jugando bien con los ángulos, el reflejo puede dar un aspecto más colorido a las piezas expuestas.

Mientras la diminuta mujer les guía por las diversas habitaciones, donde se llevará la actividad, Josefina parece más una mujer de alguna novela picaresca. El suelo de mármol hace parecer que sus zapatos están llenos de suciedad, debido a que se encuentran impregnados de pelusas, las mismas que había mandado a colocar en su nueva oficina. Aquello le despierta un

complejo de inferioridad, por lo que se pone erguida enseguida y comienza a ver a todos con chispas en los ojos.

En el camino, mientras recobra la conciencia y supera las superficialidades, se topa con una comitiva oficial de policías en una de las habitaciones. La cabeza gorda de Josefina cae de una manera pesada sobre su cuello. Deja caer mucho más la mandíbula cuando la sonrisa que le dirige a la comitiva desaparece y la aborda un grito helado. El penetrante hedor podrido se levanta cuando abren la puerta. Alcanza a ver un poco de la escena y corre desfavorida con sus zapatos llenos de pelusas rosa fucsia. Siente que uno de los talones se ha desviado, pero no le importa y continúa corriendo de la imagen que vio. Es imposible que no piense en Fedonía.

La escena que ahora aparece en la alfombra del Museo de Arte Contemporáneo deja a todos anonadados. La escenografía es una explosión de colores brillantes, y la víctima aparece con un maquillaje exagerado de *Barbie*. Yace muerta y con la cuenca de los ojos vacía. Con un pedazo de daga azul que aún le asoma en la boca. El miedo se apodera de todas las personas a las que el deber las obliga a presenciar dicho espectáculo. El olor a violencia seguramente debía de llegar hasta el Paraíso.

Las luces cegadoras del interior del edificio hicieron que Gabriel se mareara. Sus pies se hunden en la alfombra mientras toma un pañuelo y lo acerca a su nariz. El olor a sangre impregna hasta las cortinas. De las paredes cuelgan varios cuadros y fotografías a blanco y negro, que permiten diferenciar los pequeños salpicones de sangre. Es una escena horrenda. Los peritos hacen el papeleo y levantan el cuerpo. Fedonía recorre en trecientos sesenta grados. Tiene una sonrisa impostada que, gracias al cubre bocas que le tapa el rostro, pasa desapercibida. En sus ojos vidriosos se puede diferenciar los rayos venenosos con los que mira la escena. Va anotando minuciosamente los detalles mientras piensa en las palabras de Julián. Durante el breve momento

en el que recuerda los ojos de aquel hombre, se da cuenta que su corazón comienza a acelerarse estrepitosamente. Aborta toda clase de sentimientos y, ya una vez más centrada en su trabajo, decide probar otro tipo de redacción, más formal, plenamente informativa.

Al entregar su texto, Rogelio alza los hombros. La nota está bien. No es espectacular, pero cumple el cometido. Todos apenas piensan, pero concuerdan. En el Consejo se siente un cierto aire de desilusión. Rogelio coge una caja de cigarrillos del cajón de su oficina, abre una de sus ventanas y procede a suspirar humo. Piensa que es fundamental reconocer las limitaciones de cada uno, y lo lamenta muchísimo porque las caídas altas son las que más duelen, y Fedonía ha caído de una gran altura. Una oportunidad dilapidada. Parece que a ella también le han arrancado los ojos.

A medida que el aire de la mañana abate con fuerza, los nervios de Julián, quien espera el periódico matutino en una banca del parque, lo intoxican. Cuando por fin posa sus ojos sobre aquellas palabras ansiadas, siente un escalofrío. Sus brazos se tensan mientras que un sabor nauseabundo, que emana de un líquido concentrado y caliente, le invade la boca. Le dio por escupir en la calle, y supo que había expulsado sangre. De momento le preocupa su lengua, por lo que con suavidad trata de tocarla con la superficie del paladar y los dientes. Enseguida siente una rasgadura en la punta de la lengua. Sabe, cuando se tapa la boca con la mano, que significa algo malo. Es el sabor de la decepción. No únicamente por el dinero mal desperdiciado, sino porque ha planificado cada detalle para que ella interprete sus intenciones. Bufo todo el camino, desencantado. Casi había jurado que hubo una conexión con ella, realmente lo había pensado. Julián, ¿acaso la decepción esconde una desilusión?

La vida es plástico

Elementos de seguridad encuentran un cuerpo, a escasas horas de llevarse a cabo el Foro "Periodismo y Participación Política". Dicho cuerpo estaba en posición decúbico ventral. Alrededor de la cabeza, había un charco de sangre que, impresionantemente, aún estaba fresca. La tez no estaba pálida y el cuerpo aún presentaba calor. La cabeza apuntaba ligeramente al oeste; la extremidad mano izquierda al norte, la extremidad mano derecha hacia el noreste. Mostraba el dorso, en el que se le veía una marca con la letra "B". Presentaba mutilaciones en las extremidades de los pies. La víctima exhibía los párpados abiertos. La rigidez cadavérica era notoria, sin embargo, las manos no se mostraban con rigidez. Las características de la fémina eran tez blanca, ojos grandes café claro, cejas pobladas, cabello lacio marrón a la altura de la cintura, labios inferior grueso y superior delgado —aún se notan rosados—, boca y nariz promedio, mentón oval, tipo de cara afilada con pómulos regulares, orejas medianas, de complexión delgada, de estatura un metro cincuenta y ocho de altura aproximadamente, de edad alrededor de 24 años. En la espalda se le puede notar un lunar sobre la línea de la columna vertebral a la altura de la cintura lado derecho. El cuerpo presenta heridas de tortura en los muslos y la espalda. Su rostro presenta una expresión de dolor y se le puede apreciar el camino que dejaron sus lágrimas. A la altura de la espalda baja, lado izquierdo, hay dos lesiones ocasionadas por un arma punzocortante. La sangre recorre las piernas y mancha la ropa interior tiñéndola. Las fotos que adornan las paredes son fotografías de artistas de teatro, de 1999, en su casting para interpretar algún papel de Wicked. Se encontró una nota, que dice lo siguiente:

Desde las jerarquías de los ángeles, ¿quién me oíría, si yo gritara?

—Fedonía Dorantes

Titulares de Seguridad Estatal reportan que los acontecimientos del Museo de Arte Contemporáneo están ligados a las actividades del mismo homicida que firma sus obras con el seudónimo "Vinci". El Fiscal llama a la sociedad a tomar precauciones y no caer en pánico. (Pág. 12)

El día de ayer se localizaron nueve armas de fuego de calibre militar dentro del inmueble que fue custodiado por elementos de seguridad. Ariel N se presume como responsable de la masacre ocurrida a fueras del Centro Comercial Galerías. Continúan las averiguaciones para encontrar a los demás implicados. (Pág. 2)

Son casi las dos de la madrugada y la puerta del cuarto de Fedonía continúa cerrada bajo llave. No ha podido conciliar el sueño, en su caja torácica atesora las palabras melodiosas de Julián. Una y otra vez se toca el cabello, alisándolo. Se ve al espejo mientras centra su atención a sus ojos, tiene una mirada de lástima que le da miedo. Unas punzadas de temor y asco se le clavaban en el cerebro, mientras las ideas se deslizan por sus arterias. Está decepcionada de sí misma.

De repente, siente el despertar de las llamas de la ira, por lo que procede a abrir su habitación y caminar hasta la cocina por una taza de café. Se lleva despacio el borde de la taza a los labios y da un trago largo, aunque no es capaz de tragarlo, siente cómo las brasas al rojo vivo se la comen por dentro. La garganta le traiciona. La coloca de nuevo en la superficie, mientras mira una araña arrastrarse debajo de la mesa.

Lee el mensaje de su mejor amiga al cerrar los ojos una y otra vez: “¿Te parece correcto enriquecerte por el sufrimiento de las personas?”. Mira el techo vacío. Aunque el cuerpo de Fedonía se esfuerza por incorporarse y el cálido ambiente del verano intenta engullirla y acariciarla con suavidad, ella sigue entumida de frío. Una de sus ventanas se mueve mientras las copas de las noches anteriores tintinean con el pasar del viento. Una mosca ha logrado entrar, vuela hacia el techo, acercándose a la vieja lámpara. Con alas transparentes y ojos rojos se posa sobre el foco.

La negación es su mejor arma. Toma de nueva cuenta el celular y mira lo que ha estado negando, pero que en ese momento es el menor de sus problemas. Ariel ha escrito una larga y bella manera de pedirle perdón y con ello su auxilio. Ella sonrío amargamente. Son esos momentos los que producen que ella siempre lo tuviese presente. Pero no quiere despertar en una zanja. La sola idea del peligro que corrió años atrás la inundan más de miedo. Le tiemblan las manos, tanto que tiene que tomar la taza con ambas para que no se le caiga al piso. En su reflejo,

puede ver su turbación, no en sus expresiones o su cara que se ha arrugado desde hace unos días, sino en sus manos, y quizá en la comisura de su boca que se ha caído.

El problema no es que ella escribiera descripciones del sufrimiento de personas que no conocía, sino el hecho de pensar en las personas que consumen ese contenido. Desea con toda el alma volver al contenido habitual, a las palabras cotidianas que tienen un eco tierno e incluso de denuncia, porque, en el ambiente nuevo en el que está, todas las palabras suenan grotescas. Como si Fedonía hubiese debido tener una matanza de diccionarios y de urgencias. Su único consuelo es que la verdad no se puede matar.

El reloj hace tic tac. La luz se vuelve más brillante conforme la madrugada se hace más profunda. Las paredes crujen. El sonido de sirenas policíacas aborda en eco. Suena por algún lado el golpeteo de la mosca contra la ventana una y otra vez. No le importa siquiera llamar para dar una mentira y reportarse enferma para faltar al día siguiente. Ya se las arreglará después. Ahora quiere desayunar, acurrucarse en compañía de sus almohadas y lloriquear un poco por dentro. Está cansada de dormir sola.

Esta noche, Julián tiene aliento a naranjas de hace veinte días. Se pone tenso cuando mira al hombre de barba que analiza a los niños que juegan en una cancha de básquetbol. Tiene los ojos pequeños y demasiado juntos, la nariz perfecta y entradas de cabello en forma de corazón. Yo tampoco creo que sea padre de algunos de los niños que juegan. Aquel hombre va terriblemente bien vestido, con un traje nuevo de marca, en juego con las mancuernillas que sobresalen de su muñeca.

Estamos exhaustos y sedientos. La penumbra nos entra como líquido por la garganta. La usual mirada sombría de Julián se apodera cuando aquel hombre le sonríe con la intención de

ser tierno. Suenan las campanas de la iglesia y los niños salen corriendo a donde la voz de una mujer les reclama la hora. Durante unos cuantos minutos, el hombre de traje sigue sin inmutarse. La maldad siempre tiene caminos amplios para encontrarse. La cuerda entre ambos se tensa, pero son las páginas mudas del pasado de Julián las que con un reglamento jurado terminan ganando.

Por encima del humo de los autos que rugen, se quita un calcetín para limpiar su navaja favorita. Hoy no lleva su cámara, así que no hay motín artístico que perseguir. Qué lenta es la agonía de las estrellas, como luciérnagas en el parabrisas de un auto. No sabe qué le da más rabia, si el hombre que juraba que era un perverso o la mente débil de una joven reportera.

Toma de nueva cuenta el periódico que aquel hombre guardaba celosamente en un bolsillo interno de su saco, y, hojeado por milésima vez, hace crujir el papel con furia. Con gran destreza acomodamos los cuadros y marquesinas, limpiamos el suelo y, para darle una lección, firmamos con un nombre distinto. No, estos actos no merecen ni siquiera que Vinci aparezca, con tan vacías palabras. Esto hará que el pánico se apodere de las masas.

Vamos caminando mientras él repasa sus pasos. Todo el cuerpo ha quedado abandonado con diversas mutilaciones. La que más traumatizará serán los palillos clavados en un pene erecto. Ahora mismo es imposible encontrar descripciones de todo lo que con maestría supo hacer. Con los años, entendí que la magia de la humanidad es su capacidad de construir a costa de destrucción. En una ciudad como ésta, tardarán al menos unos tres días en encontrarlo. Dos semanas en reconocerlo debido a que la cabeza la llevamos rebotando en una bolsa.

Ahora que la tensión de su cuerpo ha desaparecido, decide que las musas son como la miel. Todo el mundo sabe que la miel es dulce, tanto como los momentos de inspiración, pero es una verdad universal que muy pocas personas conocen cómo es la fabricación. No todo es néctar de flores.

Como daga, a su memoria llega el sobre carta que aguarda en su mesa de cocina. El acontecimiento más glorioso de esa semana fue cuando la fotografió a ella en su exposición, pero se había emocionado muy pronto. Ha sido la primera vez que siente que una persona viva encaja con el arte muerto detrás de ella. Carajo, hasta lo había hecho con su arma más preciosa, una cámara Phase One que carga con amor y febril lealtad sólo para los mejores momentos de su vida. El simple hecho de recordar las descripciones de esa nota le estremecen el corazón. Lo ha traicionado.

Cree que Fedonía tiene ese aire retador y avaricioso. No se equivoca. Me siento sobre la banquetta mientras miro a Julián, que ríe y se repite a sí mismo que tarde o temprano los huesos surgen. Se sabe esconder en una callejuela cuando con la navaja cercena con peculiar furia la carne tibia y los cartílagos de la cabeza que guardó. Parte la cabeza justo por la mitad y monta un beso. Se lamenta que la escena no sea tan pulcra como la fotografía de Witkin, pero no tiene más calcetines de los que ya ha utilizado, y no le gusta copiar.

Herido de espíritu, abandona el objeto justo frente al edificio del periódico *Las Esfinges*. Está seguro de que el arte que él crea no es uno que se pudiese desechar, ni siquiera ignorar. Él no hace sus obras con el fin de que la vida pase ambivalente. Quiere el supremo reconocimiento de los artistas: trascender. Miramos el cielo estrellado al mismo tiempo que la duda se le cruza por los huesos. Desenterrar a los muertos en días hábiles siempre causa conflicto a los que llegan puntuales al trabajo. Salimos a paso lento en esta noche, cuando casi por un momento logramos ver los ojos del gran padre, quien sólo observa ante las injusticias y los crímenes.

Hubo en la Tierra un varón llamado Julián, y era este hombre perfecto y recto, temeroso de mí y apartado del mal... Era

un muchacho excepcionalmente educado, de aquellos que únicamente se logra en conjunción con una alta dosis de miedo. Pero un día aconteció que fue herido, lastimado y silenciado. Y se apartó de mí y yo lo abandoné.

Hay un montón de moscas grandes y gruesas que revolotean en competencia por ver quién pone los huevos en los orificios visibles. El olor a muerte hace que muchos curiosos no presencien la escena. A los ojos de casi todos, se ha cometido una abominación. Conforme van llegando las primeras personas al edificio, les invade una terrible náusea. Todos salen con arcadas y otros más desperdician el desayuno. Hay quien, incluso, se hace pis en los pantalones. Rogelio piensa sólo en un nombre: Fedonía. Su boca quiere mencionar el nombre de aquella mujer, señalarla, culparla, pero no puede. Él es el jefe. Su gran salario lo responsabiliza a él, no a la joven reportera.

En su expresión hay algo torvo e inquietante. Lo que temía y los peores escenarios que la ansiedad le habían mostrado noches atrás se han cumplido. Me pide perdón y salvación. Pero es su decisión preferir el dinero sobre la ética de la información. Le golpetean las ideas en la frente mientras, acelerado, contesta el teléfono y las dudas de los oficiales de seguridad. ¿Quién manda a la humanidad ceder ante las morbosas manchas negras sobre el papel? Qué tanto mal pueden hacer algunas palabras escritas. Bueno, ahora tiene a todo su edificio oliendo a cadáver.

La cólera le invade tanto cuando nota que ella no se encuentra ese día en la oficina. Lejos de preocuparle su bienestar, manda al repartidor por su presencia, quiere que ella escriba alguna nota llena de poesía morbosa. Ahora que son el periódico en boca de todos, se aprovechará del foco. Siente los billetes caer sobre su nuca, y le da alegría que su sobrino Gabriel sí esté ahí. No lo deja ni siquiera hablar. Lo apresura a tomar las fotografías antes de que el servicio médico forense se lleve el motín. Es sorprendente

cómo los humanos gimen casi de manera idéntica cuando se trata de dinero en sus billeteras.

Gabriel, por su parte, esa mañana discute con sus padres, y el tono es de ultimátum: o deja esas prácticas o se verá en graves problemas. Su madre se lo dice desesperadamente, casi en un bullar, como si el aire estuviese desapareciendo, mientras culpa las relaciones sanguíneas de su esposo. Ésas son las emociones de mis fieles, sentir que, si no hacen las cosas como deben, tienen que buscar algún culpable. La negación siempre será un arma de defensa.

El repartidor no tiene suerte hasta cinco horas después. Fedonía está caminando sin rumbo por el pueblillo donde creció, y que nadie conoce. Aquella noche se queda hasta tarde, con los ojos hinchados y adoloridos, escribiendo sobre el descubrimiento mientras se le resbalan lágrimas de culpa y miedo. No sabe a quién le teme más: por una parte, no quiere ser mediocre, no por ella, no por los suyos, sino por Julián, quien piensa que es exitosa; por la otra, tiene la presencia de personas que aborrecen lo que ella escribe, que dicen que sus escritos revictimizan a los occisos y la amenazan de muerte, y está Rogelio que lejos de despedirla, al contrario, la alienta a escribir y romantizar esos hechos; eso, por algún motivo, le resulta más aterrador.

Fedonía no ha visto la escena, pero se deja llevar por los exquisitos ángulos que Gabriel sabe capturar. Es una lástima que él haya terminado en medio de una polémica así, piensa cuando mira las líneas de fuga bien experimentadas. Aquel muchacho tiene futuro como fotógrafo de revista de alta costura, sabe resaltar objetivos específicos.

Cuando termina de escribir, se da cuenta de que la policía dejó un extenso y tedioso manual con señalamientos claros de lo que debe seguir al pie de la letra como precaución. Se burla cuando lee el título *Protocolo para víctimas perseguidas*. Piensa con amargura que debería llamarse *Manual de cómo perder tu*

vida cuando un loco psicópata se obsesiona con algo que escribiste. Duda un momento. Le duelen la espalda, los ojos, el brazo y la muñeca, pero vuelve a sentarse a escribir y cambiar su columna. No quiere regresar al toque poético, no está lista. Su estómago le pide comida mientras cambia sus palabras.

Del hombre que fue tentado alcanza a ver cómo el hambre y la confianza se le cruzan con más ímpetu por las vísceras que adornan su interior. Algún día, alguien te dará lo que mereces, pero no seré yo. Ya veremos si la docena de agentes de seguridad vestidos con sus uniformes se animan para dar contigo, porque hasta el momento ellos han seguido tu juego, ahora persiguen a dos hombres que sólo habitan en uno. ¡Qué multifacético resultó!

Hoy deduzco que Julián dormirá bien, le han alimentado la bestia que guarda dentro. Imagino que siente que ha realizado una hazaña que no sabe que quería completar. La labor de un creador que anhela instaurar un arte tan diferente que cada acto enmarque un estilo propio y diferente. Ya nadie quiere ser un creador con un solo camino, como un Leonardo que incursionó en la ingeniería, un Miguel Ángel que probó de la poesía, así hay infinidad de artistas que corren como bestias hambrientas en busca de un algo, para llenar su vacío.

No comprendo del todo quién, cómo o cuándo dijo que el amor que creé era para compartir. Pero qué tan cierto es que es mil veces preferible compartirlo a comérselo uno mismo, porque entonces juega a ser veneno.

Julián comete el error de encerrarse en sus pensamientos. No teniendo nada más en que centrar su atención esta noche, piensa una y otra vez que el nuevo triunfo que ostenta entre las manos se debe por acción de Fedonía. Y como los seres humanos son expertos en encontrar coincidencias y saberes universales con el fin de que su creencia sobreviva y exista, se aferran. Como si la imaginación en las tinieblas trabajara más asertivamente que a plena luz del día.

Así que hoy, en esta noche, les regalo dos escenarios. El primero es el de una creación que en su corazón celebra la conquista de haber hallado las respuestas de sus acciones, y que en su conciencia sabe que es un monstruo que cree que el amor resulta su salvación. Y el segundo describe el de uno que se tortura mentalmente mientras piensa en el siguiente paso, porque sabe que el amor es su perdición.

La prisión en la que se encuentra Fedonía le resulta molesta. Tiene que checar y justificar todo lo que realiza, a palabras de ella: se encuentra jugando un juego que no inició. Los pocos amigos que le quedan se alejan porque no quieren la mala publicidad que circula sobre ella, y las personas con las que no ha tenido relación alguna la buscan porque quieren un pedazo de su pastel. En internet, se narran los hechos con el tono de morbo típico de jóvenes con mucho tiempo libre, y comienza la presión social.

Julián, por su parte, sabe complicarse la vida en solitario. No necesita ayuda. Tiene una nueva muchacha que le encanta hacerse la víctima y encontrar abrigo en sus brazos. Fedonía sabe hacerle sentir como si fuese el héroe, y por momentos se lo cree completamente. Olvida que dentro de su alcoba guarda los pequeños rectángulos que preserva celosamente de sus obras artísticas.

¿Cuántos errores se han pagado cuando el conejo confía en el lobo?

Braghettone —que fue como lo bautizaron los medios cuando descubrieron el cuerpo abandonado en un baldío— y Vinci han continuado otros tres atracos, esta vez en el parque. Lo que comienza a perturbar a la policía es que ambos asesinos buscan pinturas famosas para recrear; a veces, en un acto minimalista, y otras, todo en estilo barroco, desde la obra *Crucifixion*, de

Francis Bacon, que fue respondida con la de Théodore Géricault, *Fragmentos anatómicos*; hasta el horror de un kínder al descubrir la recreación de *Cristo en la cruz*, de Benito Prieto Coussent, en uno de los arbustos.

Todos murmuran lo mismo, mientras que las autoridades comienzan a desesperarse. La situación se torna bastante oscura cuando los temas políticos se mezclan. Todos los personajes quieren adjudicarse nuevas propuestas de seguridad, nuevas leyes. Nadie quiere actuar sin tener un reflector encima. Se escucha hablar de un toque de queda, aunque realmente no proviene de una fuente oficial. Pero, eso sí, todos clamaban mi ayuda.

¡Ay, fieles míos!, arrepíentanse de sus pecados y prepárense, que su libre albedrío está suelto. Fedonía se asfixiaría de rutina porque su pluma es medianamente libre. Pero se ha adaptado bien a percibir desde el corazón. Entiende el estómago y esas ansias de salir corriendo por toda la atención recibida, con los retorcionajes que se le resbalaban hasta las piernas y el hormigueo en las plantas de los pies. Julián es su tregua, quien parece no abandonarla y entenderla a la perfección. A estas alturas, entre susurros y silencios, van creando su propio idioma, un juego secreto, donde uno de ellos desconoce que es la presa. Y algunos todavía dudan de porqué destruí Babel.

El periódico *Las Esfinges* reboza de atención mediática. Ha firmado uno que otro convenio para no caer en las malas interpretaciones de hablar bien sobre sí mismo, al contrario, comienza a pagar a personas de importancia para su propia publicidad. Todo parece resultar mejor: los accionistas tienen los bolsillos repletos, Rogelio se relame los deseos de un ascenso y, por vez primera, su tranquilidad parece esbozarle una sonrisa sincera. Piensa con mucha alevosía que las crisis siempre traen consigo buenos tiempos para los periódicos. Y mira desde su oficina que el debate sigue centrándose sobre el tema de si un periódico debe narrar estas atrocidades cometidas. Los círculos de opinión

giran en torno a esto mientras la libertad de prensa se cita como uno de mis versículos. Son realmente pocos los que piensan en la captura de los responsables. Siempre manda el dinero.

<p>Debido a que la mayoría de los crímenes son realizados en las cercanías a la capital, la policía sigue investigando, con la cooperación de varias instituciones. Se trata de un control secreto de vigilancia. Sin embargo, la búsqueda de estos criminales se ve dificultada por el hecho de que sus simulaciones y escenarios convergen en ambientes cerrados y de difícil acceso. A pesar de los resultados, que suenan alentadores, aún existen grandes dificultades para recabar de forma continua y activa los datos relacionados con la identificación de dichos criminales. Le pedimos mantenerse resguardado en horas nocturnas. (Pág. 23).</p>	<p style="text-align: center;">Grado de demencia</p> <p>Domingo por la mañana, a las afueras del Kínder "Rosario R. de Alvarado", se hallaba el cuerpo. Se trataba de un hombre completamente desnudo, en posición decúbito lateral izquierdo. Presentaba <i>rigor mortis</i>.</p> <p>Las características eran de un joven de alrededor de los treinta años, tez morena clara, cabello rizado negro, complexión delgada de aproximadamente un metro sesenta y cinco centímetros de altura, nariz pequeña, labios delgados, pómulos ligeramente pronunciados. En su cara, se podía ver la expresión de dolor como si pidiera compasión. La cabeza se encontraba ubicada hacia el este.</p> <p>Los pies estaban ligeramente despegados: el derecho apuntando al sureste y el izquierdo al suroeste, ambos en un ángulo perfecto de noventa grados. Presentaba lesiones finas, provocadas por un arma punzocortante a lo largo de las piernas y brazos en cuarenta y cinco grados.</p> <p>En la región carpal, podía observarse marcas que daban la impresión de que había sido atado o esposado. En el dorso de la mano izquierda la rigidez cadavérica dejaba apreciar que se le había dejado una palabra: "Depredador".</p>
<p style="text-align: center;">LLEGAMOS A LOS 12.000.000 DE SUSCRIPTORES ¡GRACIAS!</p>	<p>El tórax presentaba lesiones, con algún instrumento de descarga eléctrica, seguramente por una de ellas perdió la vida. Había manchas de sangre de pies descalzos que eran de la víctima. Las heridas eran profundas. Noté dos bocas de botella al otro lado de la habitación donde se encontraba el cuerpo. Había cristales en el piso, intentó huir.</p> <p>La nota, ya común, que se encontró en la zona decía:</p> <p><i>Lo que hay afuera lo sabemos por el semblante del animal. Lo interno, únicamente por lo visceral.</i></p> <p style="text-align: right;">—Fedonfa Dorantes</p>

Fedonía se encuentra sumergida en una burbuja atemporal que no le permite ver su existencia como lo que es: imprecisa. Comienza a reunirse cada vez más con aquel hombre, y, por lo tanto, mi presencia en su vida se desvanece. Comienzo a escucharla cada vez más lejos mientras las moscas danzan sobre su carne viva. Mis ojos se cierran cada vez más bajo su sombra.

Las llamas ardientes queman cuando sus pupilas se encuentran. No queda nada, tanta maldad no tiene límites y aflora la impunidad, son dos enamorados que le cantan a la muerte.

—Fedonía, tú y tu endemoniado modo de hablar, que me hace pensar que el apocalipsis es mañana y debo empezar a vivir ya —le dice con mucho aflores tras una plática de tres horas.

—Con un dúo de asesinos siguiendo tus pasos, aprendes a ver las cosas de forma graciosa —ríe por debajo de su mano.

—¿Aún no saben nada del dúo?

—No.

—Estarás bien, no te preocupes —menciona Julián con mucha afirmación, sabe mentir tan bien que su consuelo suena terriblemente convincente, que hasta él mismo se lo cree.

—Espero, porque comienzo a fastidiarme de escribir sobre eso. Siento en mi aliento el sabor a sangre —lo mira perversamente.

—¿Por qué te detuviste en tus columnas? Me da curiosidad. ¿De dónde sacaste el vocabulario clínico? No me vayas a mal entender, son curiosas y diferentes a lo habitual, me agradan —su voz se torna más ronca—, pero no se comparan con la primera que le regalaste a la humanidad.

—Empezó con la correspondencia que recibí tras el primer reportaje. Hay una mujer que se quedó con mi trabajo cuando me bajaron de piso. Desde que ocurrió, no ha parado de burlarse. Me llama siempre “la Pichacuate” —bufa—. Creerás que un día se enteró que una bicicleta me atropelló, y fue hasta mi cubículo para reírse de ello.

—¿De verdad?

—Sí, pero eso no fue lo peor, fue la llamada de un profesor. Estaba preocupado por mi futuro, por el error que cometí y me recordó que no todo lo que se vuelve viral es bueno. Me habló sobre la perversidad que puede esconder el lenguaje y...

—¿Yo rematé con mi comentario?

—Sí. Bueno, es cierto que mis columnas no eran tan morbosas como otras. Hay periódicos que sí lucran con la muerte, colocan títulos de humor negro, como “Cenó pesado” a una persona asesinada en un restaurante, e infinidad de ejemplos, pero que yo embelleciera el lenguaje con el tono clínico no es tan diferente. Parece que estamos obsesionados con la muerte.

—Entiendo —responde Julián pensativo—. Pero ¿y esas descripciones clínicas?

—Mi papá trabajó más de cincuenta años en una morgue. Cuando mamá falleció, su único consuelo era hablar sobre posiciones corporales. Siempre que íbamos en coche, me describía con ese lenguaje a las personas. Decía que el cuerpo es un lenguaje universal y que los seres humanos estamos condenados en vida a cargar con eso —traga saliva pesadamente mientras baja la mirada—. Resultó una infancia difícil, porque él nunca se recuperó. Su error fue querer preparar a mamá para el funeral. No estuvo conforme con la posición, decía que eso no era ella.

—Lo siento mucho. No fue mi intención abordar estos temas que seguro te traen mal —se disculpa—. Debo dejarte, tengo un compromiso. Pero te llamo en la noche.

La muchacha distiende los dedos. El miedo comienza a subirle por el cuerpo. Julián le toma la mano por un instante. Está confundido. Fedonía se sobresalta un poco. Crispa un poco los dedos y tira de ellos con el fin de soltarse. Aunque al muchacho le gustaría acariciarle el cabello, ella parece lo suficientemente agobiada sobre su infancia.

—Te traje una galleta de la fortuna —menciona antes de irse. De unos de los bolsillos de su saco, extrae una pequeña bolsa de celofán y lo deja sobre la palma de su mano.

—¿Ahí está mi futuro? —rompe el silencio Fedonía con su voz gruesa.

Quizá Julián ha sido demasiado crédulo. Imagina que su enamorada lo apoyará en todo. O tal vez se trata de una trampa, y hay cientos de mujeres y hombres observándolo desde una distancia corta, aguardando la señal para dispararle. Cualquier cosa parece posible. Debe mantener la calma, controlar la respiración, aunque note que Fedonía está terriblemente nerviosa. El hombre se queda en silencio, esperando que lo tacleen o le disparen. Pero nada ocurre. Por su mente corre la idea de la redención. Decide volver a su posición elegante y no parecer que sale huyendo de ahí. Las pláticas sobre las infancias lo perturban siempre. Él sólo sabe decir que ha sido buen chico, demasiado.

¡Ah, Fedonía, tienes sangre de muchacha! Cuando mira la espalda del hombre alejarse, se arma de valor para desenvolver la galleta. Hoy, la tierra huele a viento enardecido, mientras el corazón de mi predilecta se enciende como nunca por las letras negras que manchan la pureza del papel blanco, tal como las notas que él dejaba en sus exposiciones endemoniadas.

A mí me gustas.

Pienso en ti a menudo, y cada que lo hago sonrío.

No es precisamente lo que esperaba, pero resulta mejor que el escenario más importuno que imaginó. Mena la cabeza de un lado a otro como una demente taciturna y, entonces, también sonrío. Las voces que azotan la cabeza de Fedonía le causan molestias. Tiene chispa la muchacha, no se cree con la capacidad de amar.

No te hagas la inocente chiquilla. Una jovencita como tú no nace todos los años. Sabes controlar muy bien las apariencias. Respiras hondo para aparentar inocencia y ser digna de confianza. Te esfuerzas por ser correcta, amable, con un cuerpo inocente. De tu respiración, que da forma a tus pechos telúricos, inalcanzables, te conoce el tiempo.

Dejarte llevar por las pasiones humanas me abre la puerta de tu agrietado corazón. Sí, Dios Padre sabe que apenas y lo intentaste, que te esforzaste. Sí, pero realmente no le importa. Él es sólo un espectador. No vendrá con la palma de su mano a acariciarte, ni te salvará de los problemas que hace un par de noches planeaste. Al final, tu voluntad pudo más. Tu vanidad te condenará junto a mí. Veo cómo alzas tus zapatillas, con ojos bien redondos y ansiosos, con tu mano larguirucha acomodando en silencio no sé qué desorden.

Una mosca mortera te mira, Fedonía, con sus grandes ojos globulosos, ansiosa por poner sus huevos sobre tu piel. Está centrándose en tus parpados, saboreando tu sudor, tu olor, tu tacto; le encanta el sabor de mujeres como tú. Ha divisado por naturaleza una esquina sucia de un callejón, pero no saldrá, ya ha conocido extrañas avenidas, aquí con mi presencia emergen innumerables cuerpos poseídos. Y todo por demostrarte que brillas y padeces.

La mosca se frota las alas y patas sobre su propio cuerpo para aguardar. Busca una fruta amargada que esté lo suficientemente podrida para descansar un poco. La muchacha sólo espera parada como si estuviese cazando una historia, ni siquiera puede diferenciarse su respiración de los azotes del viento que menean los pequeños cabellos que escapan de su lazo en el cabello. Piensa en amar y entregarse, porque reconoce que lo más profundo es amar un cuerpo que sufre en alguna de sus partes. Yo trato de leer en ti otra violencia.

La mosca sale volando cuando una cortina se menea con fuerza, escapa y, viendo que la muchacha no se mueve, tiene a bien posarse desafiante sobre la frente amplia de Fedonía. La mosca comienza a pasearse por las arrugas de su frente como quien recorre un paseo por alguna carretera. No se sabe si por modo de exploración o provocación. Hay máscaras de todo tipo. Las hay en expresiones, sonidos y sentimientos, pero lo que jamás resulta posible esconder es la podredumbre.

Así bajarás esta noche, Fedonía, vestida para tu mejor espectáculo, maquillada hasta perder todo rastro que te identifique, sin dejar un solo centímetro limpio, con expresiones muy diferentes, por ejemplo, a la de la tarde en el restaurante. Así tu paso desentendido por las avenidas que has planeado, esa frialdad disimulada y la manera de entrecerrar los ojos como si alguien te estuviese viendo, podrán reflejar que la vida pudo darte una alegría nueva.

Te veo ahora sonriendo, hermana mía, con las manos y el pecho extendidos, abriendo la cueva que estallará al primer ruido, con el primer demonio. Así bajarás a la ciudad, taconeando fuertemente en tus idas y venidas. Pero, escucha, alguien más palpita. No se escucha silencio. Se oye a otro, alguien que ha salido por su cuenta, sin avisar a nadie, a recorrer las mismas calles, a sonreír por las miserias, que desea tus suavísimos contornos. Son las tinieblas que te vuelven exclusiva, pues lo único propio es que hemos recorrido varios muertos con percances afilados, que pueden ser propios a mi nombre, Lucifer, o de la puras claves del delirio de un loco.

Josefa se encuentra en su casa rodeada del arte pop que le apasiona. Las tiendas de los lados de la calle han colgado un letrero de quiebra. Las luces parpadean, se han jodido a raíz de

las lluvias. Se prepara un café en una taza vieja, que manipula con torpeza. Siente frío en los huesos. Respira ruidosamente mientras reflexiona que todos sus planes se están realizando a la perfección, es como ella suele llamar “su momento feliz y de apreciación”. Mira las fotos sobre sus mesas y se percata que sus dientes ahora son apiñados. Se lamenta. La imagen de las y los jóvenes nuevos en el periódico la abordan. El transcurrir del tiempo es imparable, y lamenta también eso.

Está calando una llama azul de la estufa cuando sonrío al pensar en Rogelio. Es fácil manipularlo con buenos comentarios y trucos para hacerlo sentir especial. Hay química entre ellos. Mueve una y otra vez la cuchara de su café cuando la luz repentinamente se va. Deja sobre la mesa aquella taza, y se dirige con sigilo a la despensa que se encuentra bajo la escalera. Tiene que buscar el enchufe y desconectarlo para impedir que haya una fuerte descarga de sus nuevos aparatos eléctricos. Perder la televisión de nuevo le dolería demasiado.

Ve un bulto extraño moverse por una de las esquinas de su puerta de entrada. Piensa que, quizás, alguno de sus vecinos ha decidido llegar hasta allí para reposar la borrachera. El olor a alcohol le llega conforme se va acercando al lugar, sabe diferenciarlo a la perfección, es tequila barato. Voltea los ojos en blanco, y como la buena samaritana decide no darle importancia. Hoy por él, mañana por ella. Josefa ha sido joven y su historia de vida la convirtió en una mujer independiente. No le tiene mucho miedo a escenarios así. Sabe que, de ser necesario, puede enfrentarse a unos cuantos de ellos, es fuerte. Además, la brisa de la lluvia ha inundado, paseante y divina, esas calles. Es momento de dormir.

Decide regresar al sitio donde su café. Un golpe en su cabeza la hace sobresaltarse. Aunque el cuerpo de Josefa se esfuerza por no caer estrepitosamente, el suelo de su cocina intenta engullirla. Se lame la sangre de sus labios, presa de una carrera

mental por resolver los acertijos de los altercados. No halla respuesta. Se escucha la hebilla de un cinturón y varios trozos de cinta adhesiva. La puerta de su entrada se mueve hasta que de golpe se cierra.

La bombilla de su pasillo se menea escabrosamente por el viento que se ha producido. Los huesos le comienzan a doler. Sus ojos se esfuerzan por acostumbrarse a la penumbra; pero es inútil, no ve nada. Llegan varios golpes que la reducen. Sus llantos, entre respiraciones y lamentos, se mezclan con el agua que cae del cielo. Del lado de la ventana, una mosca entra zumbando; de la poca luz que traspasa las cortinas, sus alas transparentes se conducen por toda la casa, con la osadía en la mirada.

Josefa yace en el suelo, se retuerce de dolor. Le ponen una bolsa que apesta a vómito. Adivina el sonido de unas botas que chasquean. Al despertar, pobre... La tortura empieza.

En el principio, nadie estuvo contigo, Julián. Nadie pudo escuchar las voces que oíste. Fui yo quien te abrazo en soledad. Esta noche, con el cuerpo inquieto, te acompañaré. He de decir que nos deshicimos de la chaqueta, con bastante fuerza. En nuestro trayecto, solucionamos que era mejor dejar los espacios públicos por un momento. La policía estaba más presionada que cualquier otra institución, y por doble vuelta. Así que, al final, optamos por los ambientes acogedores, esos hogares donde los detalles nos muestran la esplendidez de los humanos. Nos pone de buen humor lo que entendemos como muestras de amor.

¿Qué hazaña será la indicada?, se pregunta mientras toca las palmas de sus manos y gira la esclava de oro alrededor de su muñeca. No hay oídos más hermosos que aquellos que saben escuchar. Yo aconsejo.

Se viste con el pretexto y se dota de palabras melosas y pegajosas hasta llegar a donde ha estudiado. Hoy es una buena noche. Llega el momento de tocar el timbre; sin embargo, justo al segundo de hacerlo, hay un apagón en todos los sitios. Se escuchan algunos gritos de sorpresa de los vecinos, uno que otro aullido de perro y la calma se apodera del escenario. Juro por mi infierno que la suerte me acompaña en los mejores momentos. Miro al cielo sin que Julián se dé cuenta y por un relámpago veo el dolor atroz que está en cada uno de los tejidos de mi cuerpo, en sus ojos, en su amor intransitivo.

Julián se molesta por las banalidades del destino y opta por rodear la casa e intentar entrar de otra manera. Piensa en un pretexto rápido: decidimos que, si es descubierto por la inquilina, tendrá que ser lo bastante cordial para fingir que la busca a ella. De todas formas, ambos se conocen desde hace mucho tiempo. Hay confianza y ya es momento de que le toque a ella, más con toda la nueva información que ha recapitulado de aquella mujer. Sonríe mientras, por la mente, le cruza la sonata de Tartini, porque la música es un arte para el alma.

Es agosto, mi mes favorito. El más caótico. Julián comienza a ganarse mi cariño, me encanta que me permite saborear junto a él toda la penumbra. El gran padre manda un fuerte torrencial con electricidad, sé que está molesto porque le he arruinado su programa favorito y deberá cambiar de personajes. Así habrá de ser siempre hasta que muestre su misericordia sobre mí.

Hoy es el día que tanto deseé. El gran padre asegura que le molesta mi presencia. Yo conozco que saborea más la idea de una creación que peca, pues vale más un alma redimida que aquella que jamás ha degustado los placeres del pecado.

De sus creaciones, los humanos son los más interesantes. Han intentado ordenar el caos que no existiría si no tuviesen conciencia. Pero no es su culpa. Fueron creados con ese fin, el

de reflejar las partes buenas del creador y también las partes ocultas bajo las sombras.

Me divierte saber que, en tiempos de crisis, el hombre se entrega a cualquier fanfarrón, los lobos aprenden a saltar con los conejos y los conejos desean correr con los lobos. Sí, Julián, podemos contemplar la gloria que rebozan nuestros actos, disfrutemos de ver el mundo arder.

Ahora aprovechemos la oscuridad. Julián saca el pequeño destornillador que tiene en el bolso del pantalón y comienza a abrir la puerta con la agilidad que ensaya cada tarde en la puesta del sol. Lo ha intentado tanto que ya es máster en prácticas de escape. Está empapado completamente, por lo que muchas gotas resbalan por su frente y caen como lágrimas. Tiene la cruel frescura cuando mira el pasillo de la entrada. Lo abordan memorias de algunas tardes transcurridas ahí. Cuando intenta hacer memoria, siente una punzada en el cuero cabelludo que le recorre hasta el cuello, pero aleja los pensamientos. ¡Julián!, no podemos distraernos del presente.

Las arrugas de su rostro se han acrecentado con una hendidura en las mejillas, como si le hubieran cosido la cara para aparentar una más pequeña. El rostro del hombre atractivo quedó atrás, lo sustituye el de un niño lleno de rabia. Con cada uno de los altercados que tiene se da cuenta de una única verdad. No saldrá airoso de aquello, ha deducido una máxima universal: la realidad no es justa. Su padre tenía razón, necesita una buena paliza para dejar el pasado atrás. Siempre fue un buen niño, era capaz de comportarse porque temía recibir más castigo... Puede que también haya algo maligno dentro de él. Espera en silencio escuchar algo, paciente y atento se aprieta un pulgar de la mano. Su mente, sus oídos y él mismo eran entidades completamente diferentes. Yo sólo siseaba que lo hiciera.

La luz de algunos rayos se filtra por el hueco de las cortinas. Él continúa caminando de la mano conmigo. La madera bajo

sus pies es tan blanda que siente que el escenario está preparado para otro ataque. Hoy es su turno. Planificó una conjunción de estilos, sin embargo, al tratarse de una persona dentro del periódico, ha previsto dejar una nota sobre las paredes: “Dale al Diablo lo que es suyo: lujuria, amor y vanidad”. Un estruendo del cielo lo prepara para el primer golpe, pero casi de inmediato un rayo ilumina la sala. Le toma sólo unos segundos entender la escena de los dos cuerpos que habitan la habitación, y entonces mira hacia arriba.

Dos pares de ojos se abren y cruzan cuando el relámpago los estremece. Se miran sin pestañear y se reencuentran. Se conocen más de la cuenta. El olor del desván sube por los pasillos. Las telarañas se mueven ligeramente. No son necesarias las palabras, ellos se entienden perfectamente. Las tinieblas ponen en jaque los pocos rayos lejanos que se distinguen como única señal del gran padre en la distancia, mientras la redención se aleja y la condena se cierne sobre ellos.

La noche crece sobre los tres, donde las luces de la ciudad se extinguen, y la danza continúa. Así se levantan y salen a la calle por fin reconociéndose. Cierran las persianas que dan a la calle. Están solos, encontrándose en una complicidad satisfecha, en los restos de una vida doble.

Antes del reino

Se encontraba de cúbito lateral izquierdo. Sus extremidades superiores estaban agarrotadas como las venas de mi cuerpo. El autor había tenido la dicha de sentir su último palpar, sus piernas, caídas como seda del desgarrar de su vestido, dejaban ver lo atravesado que estaba todo el músculo. Tras las veinticuatro puñaladas recibidas, todo está saturado de sangre. La habitación tiene un seco olor a crimen.

Esta vez, la escena no presenta ninguna representación artística más que los pasos de los asesinos que parecen danzar por toda la habitación. El único sonido que se percibe que duró hasta el hallazgo del cuerpo es una repetición de *Danse Macabre*, de Camille Saint-Saëns.

No queda ni un ser respirando ahí, y no importa nada más que esas cosas que siempre quedan: los objetos a los que en vida nos aferramos. Esta vez dos notas acompañan, una de ellas, la más perturbadora, menciona: "En el arca del avariento, el diablo yace dentro"; mientras la otra mantiene una voz más retórica: "Te reconozco en semejanza momentánea mientras el humo perpetuo crece".

El personaje, que nació de una sociedad perturbada, encontró la desdicha que la sociedad no sabe lograr: trabajar en equipo. Dicho hallazgo se encontró firmado con ambas iniciales de los personajes que han atormentado a la ciudad los últimos meses. La sociedad suplica un Dios disminuido en el aire. Se encontró una nota, que dice lo siguiente:

Desde las jerarquías de los ángeles, ¿quién me oíría, si yo gritara?

—Fedonía Dorantes

Julián lo lee en voz alta, mientras Fedonía sorbe una malteada y sonrío. Estamos en la Alameda, esperando que llegue la comida que ordenaron hace unos minutos.

Ja, les presento a los representantes de una grotesca comedia infernal. Bienvenidos sean a mi terreno maléfico sin interrupciones. Somos tres.

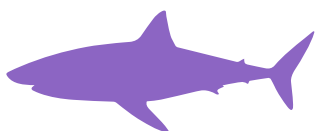
—Me gusta que regresaras al viejo estilo —se oyen las manos de Julián que buscan un deleitoso suplicio.

—Labor de dos —responde Fedonía maravillada, enrojecida y cotidiana.

Padre, tú serás la eternidad, pero yo soy la vida. En tu esplendor todo poderoso y en las acciones que transmites a través

del amor, compasión y silencio, te recuerdo que la máxima demostración de tu poder y misericordia yace en mi salvación. Quédate las llaves de tu paraíso, que tú mismo lo has convertido en un segundo infierno.

Y el resto es silencio.



La vanidad de las moscas, de Yuritza Medellín,
se terminó de editar en agosto de 2022, en
Toluca, Estado de México. Para su formación
se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael
Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora
Font Font. Diseño y formación: Juan Carlos Cué
Vidal. Cuidado de la edición: César Alan Malvárez
Hernández y Jimena Ramírez Olivares. Editores
responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge
Eduardo Robles Álvarez.

A Dios y al Diablo le gustan las apuestas y siempre van por todas las fichas, a costa de quien sea. El tablero es la portada de la nota roja. En el periódico *Las esfinges*, nuestra protagonista deja de ser una pieza en el juego para subir la apuesta al nivel de su ambición. No se dejen engañar, su candidez es una trampa.

Con una pluma ácida y ágil, Medellín esgrime con algarabía la oralidad de los refranes y la mordacidad de los aforismos mientras presenciamos cómo crecen las tentaciones y la maldad a cuentagotas, casi con avaricia. En paralelo, la identidad del asesino y su peculiar sentido estético atizan la competencia de las vanidades. Este título pertenece al linaje de las obras que miran al abismo, mientras el abismo mira dentro de ellas.